La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

MAR GALACTICO

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION



MAR GALÁCTICO

por

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO PRIMERO

Según su propias palabras lo que más le gustaba a la doctora Ophelia Singer eran las piedras.

Sí, sí, las piedras.

Posiblemente era una de las personas que más sabía de piedras en el mundo. Le ponían una piedra en la mano, y ya, sólo restaba escuchar el tremendo discurso de la doctora Singer: que si esta piedra tiene tantos años, que si es de esto o de lo otro, que si ha sido extraída de tal región, país o continente… Cosas así.

Por algo era doctorada en Geología. Según ella, no había en la Tierra nada más interesante que la tierra, y, cuando soltaba semejante ingenio verbal, a sus interlocutores no les quedaba más remedio que callarse. ¿Qué podían decir? Más o menos era lo mismo que si hubiera dicho que lo más importante de una mesa era la madera. Así que a callar todo el mundo.

Era una chica inteligente, la doctora. A sus veintitrés años había dejado ya de dar clases de Geología en la Universidad de Los Ángeles para dedicarse a la investigación geológica, aprovechando muy bien el dinero que había ganado con sus tres libros sobre Geología, uno de los cuales le había valido el Premio de Ciencias de la Fundación Barton, dotado nada menos que con cien mil dólares. Una chica inteligente y sabiéndose administrar podía vivir mucho tiempo con ese dinero, y la doctora Singer sabía administrarse y era, sin duda alguna, muy inteligente.

Así que tras un corto viaje ni más ni menos que al Tíbet, de donde había regresado con un hermoso cargamento de muestras rocosas, Ophelia Singer se había puesto a escribir su cuarto libro.

Pero, sabido es que el mejor descanso consiste en un cambio de actividad, así que Ophelia, en lugar de dedicarse a perder el tiempo cuando no se dedicaba a sus estudios o investigaciones geológicas, se compró un telescopio.

A partir de ese momento las cosas le empezaron a ir menos bien a la doctora Singer, por no decir que francamente mal. Verdad es que aprendió rápidamente las bases de la astronomía, y que conocía ya muchas estrellas, y cosas de ésas, pero…

Bueno, aquel telescopio servía para algo más que para mirar las estrellas. Por ejemplo, en los días claros, la doctora Singer podía ver, desde la terraza de su ático donde tenía instalado el telescopio, la Costa Oeste. Ni más ni menos que California, que, a fin de cuentas,

estaba apenas a treinta millas. Con más razón, y siempre graduándolo adecuadamente, el sencillo telescopio de Ophelia le permitía ver perfectamente cosas mucho más cercanas que las estrellas y que la costa californiana.

Ahí empezaron sus males.

Ella vivía, como se ha dicho, en un ático de un edificio situado en una encantadora callecita de la localidad de Santa Catalina. A sus pies, las otras casas parecían ir descendiendo suavemente hacia la bahía. En la bahía, claro está, había barcos de todas formas y tamaños, desde transbordadores que hacían la ruta entre el continente y la isla, a lujosos y enormes yates, pasando por barcas de pesca, lanchas, patines, balandros… De todo.

¡La de cosas que había visto Ophelia Singer con su maquiavélico telescopio! Incluso, en un par de ocasiones, había <cazado> a sendas parejas haciendo el amor en la cubierta de un yate y de una lancha. Bueno, esto no era nada del otro mundo, ¿verdad? Todo lo más resultaba un tanto… inquietante. Lo que había visto en esas dos ocasiones produjo un notable desasosiego en Ophelia, que, volvemos a repetir, de lo que más entendía era de piedras.

Oh, bueno, por supuesto sabía perfectamente lo que era un hombre, lo que era una mujer, cómo eran y funcionaban ambos, y la de cosas que podían hacer juntos, pero estos conocimientos eran teóricos. De práctica, nada. Había dedicado todo su tiempo a los estudios, naturalmente. Esta piedra, caballeros, se llama granito, y está compuesta básicamente de cuarzo, feldespato y mica.

Fenomenal.

Sin embargo, llegó el momento en que, entre la contemplación de las estrellas y la de las parejas haciendo el amor, Ophelia comenzó a pensar cosas… disparatadas. ¡Qué cosas tan bochornosas se le ocurrían, cielos! Claro está, como además de inteligente tenía una voluntad de acero, sabía controlar perfectamente su extraño desasosiego, y posiblemente todo le habría ido bien si, por fin, en un aciago día, no hubiera visto con su maldito telescopio a Orson Nashington.

Su nombre lo supo más adelante. Primero, simplemente, un día lo vio, regresando a la isla en su balandro. Y nada más verlo, a Ophelia Singer le pareció que todo un diminuto pero violentísimo volcán estallaba dentro de ella. Fue, de verdad, como si un volcán hubiese estallado en su interior, y un insoportable calor empapase su piel de adentro afuera. Si hubiese sido un calor procedente del exterior, pues, simplemente, Ophelia se habría duchado con agua fría, y, a lo mejor, ¡quién sabe!, se habría sentido aliviada. Pero no: el calor procedía de dentro de ella, y por dentro no podía ducharse.

Mala suerte.

Orson Nashington medía casi metro noventa, era rubio, tenía los ojos claros y un cuerpo que, en comparación, las estatuas de los atletas griegos parecían alfeñiques. Quemado más que bronceado por el sol, al aire sus largos cabellos, siempre desnudo el torso, relucientes sus blancos dientes en el atezado rostro, Orson Nashington provocó en Ophelia Singer, apenas lo vio, todo eso del volcán y mucho más.

Por ejemplo, insomnio. Se quedaba horas y horas con los ojos abiertos, tendida en la cama, y veía el balandro de Orson, veía a éste con un cigarrillo en los labios mirando hacia el cielo con aquella sonrisa mortal de necesidad, o veía sus impresionantes manos tensando cabos, o sus hombros que parecían un solo bloque muscular… ¡Ay! Pero estas visiones eran inocentes e inofensivas. Lo sobrecogedor eran los sueños. Sí, prácticamente todas las noches que conseguía dormir, Ophelia soñaba con Orson Nashington, y cuando él la…

No, estos sueños no se pueden explicar.

No.

Total, que Ophelia Singer vivía y no vivía. Para su desesperación, las estrellas dejaron de importarle tanto como al principio, y hasta las sensacionales piedras traídas del Tíbet comenzaron a perder interés. Cosas de la vida. En cambio, la salida del balandro de Orson Nashington mar adentro, y su regreso al atardecer, fueron cobrando más y más importancia. Y muchas veces llenaron de insólita tristeza el corazón de la doctora Singer.

¿Motivos? Helos aquí: con mucha frecuencia, Orson Nashington no se hacía solo a la mar. Salía acompañado. ¿Por quién? Siempre por chicas. O una sola chica, que era cuando más sufría Ophelia Singer, porque si había varias, pues nada, pero… ¡una sola! ¿Acaso no había visto ella lo que habían hecho un hombre y una mujer solos en un yate y en una lancha?

¡Y qué chicas! Todas y cualquiera de ellas podía ser merecedora de figurar en la página central de cualquiera de esas revistas para caballeros en las que, naturalmente, sólo hay señoras. Eran despampanantes: rubias, pelirrojas, morenas, castañas, cenicientas… Todas eran despampanantes. De modo que el corazón de la doctora Singer comenzó a ser devorado malvadamente por esos bichitos llamados celos.

Hasta que un día se preguntó:

«Bueno…, ¿y por qué no puedo ser yo una de esas chicas que salen con él a la mar?»

La idea era, por supuesto, excelente. Así que, ni corta ni perezosa, Ophelia se lanzó un día hacia el puerto deportivo, dispuesta a todo. Dispuesta a todo, sinceramente, pero…, ¿qué hizo? Pues se limitó a

vagar por allí, mirando de lejos a Orson Nashington, preguntando tímidamente cosas de él a algunas personas, espiándolo continuamente…, y eso fue todo. Porque cada vez que se decidía y comenzaba a caminar hacia el balandro surto en el puerto, le ocurría lo de la parálisis.

Sí, la parálisis. Comenzaba a caminar muy deprisa, como si fuera a la guerra con gran valor, y, poquito a poco, sus piernas se iban quedando paralíticas, hasta que por fin se detenía, titubeaba, miraba a todos lados, se retorcía las manos, y daba la vuelta. Entonces, las piernas volvían a funcionar… para alejarse, claro.

Y no es que no tuviese pretextos para iniciar una conversación con Orson Nashington, no. Podía, como sabía que hacían las otras chicas, decirle que alquilaba su balandro para dar un paseo, o para ir de pesca, o cosas así. O preguntarle por sus delfines… Curioso tipo Orson Nashington. Tenía dos delfines, a los .que llamaba Tom y Jerry. Bueno, no es que los delfines fuesen propiamente suyos, pero eran muy buenos amigos.

Orson vivía en un pequeño chalé costa arriba (chalé que Ophelia alcanzaba a ver perfectamente con el telescopio desde su privilegiada posición en la terraza), y tenía allá una gran piscina, a la que había hecho unos "arreglitos". Los arreglitos consistían en un pequeño canal que comunicaba la piscina con la playa, así que Orson podía pescar con caña en su propia piscina, si le venía de gusto. Pero no solía hacerlo nunca. En cambio, sí recibía con mucha frecuencia la visita de Tom y Jerry, que llegaban por el canal, se daban un baño en las quietas aguas, se atiborraban de pescado que Orson les echaba, y, según malas lenguas, "charlaban un ratito con él". ¿Y de qué charlaban? Pues de lo único que, al parecer, le interesaba verdaderamente a Orson Nashington: el mar.

Así que hasta en esto eran diferentes Orson y ella. A él le gustaba el mar, a ella la tierra. Pero es que, además, un día en que Ophelia se contempló completamente desnuda en el espejo, llegó a una conclusión aterradora: ¡era fea! Y se echó a llorar. Sí, mal, muy mal estaban las cosas para Ophelia Singer.

Hasta el día en que en el cielo aparecieron los cien mil meteoritos.

* ** *

Fue al atardecer, cuando Ophelia estaba en la terraza espiando el regreso de Orson Nashington, absurdamente feliz porque aquel día él había zarpado solo. Nada de chicas. Ni una sola.

Mientras miraba y miraba con el telescopio hacia el mar, Ophelia comenzó a percibir sobre las aguas un extraño resplandor rojizo. El sol comenzaba a ponerse, y esto siempre parecía incendiar un poco el

mar, pero en aquella ocasión el incendio era excesivo… Era como si encima de las aguas se hubieran encendido muchas enormes bombillas de luz roja.

Sorprendida, Ophelia apuntó su telescopio hacia el cielo, y, en el acto, se irguió, lanzando un grito de sobresalto. Talmente le había parecido que una enorme bola borrosa pero de luz roja y resplandeciente se le echaba encima. Cuando reaccionó y graduó adecuadamente el telescopio, volvió a mirar.

Y volvió a emitir un grito de sobresalto.

En el violáceo espacio celestial gran cantidad de enormes, enormísimas bolas rojas que reflejaban la luz del sol poniente viajaban a inmedible velocidad hacia la Tierra. Pero no todas las bolas eran tan enormes, las había más pequeñas, algunas incluso diminutas. Parecían… Sí, parecían bolas de esas que se cuelgan en el árbol de Navidad. Eran aterradoras, pero preciosas. Preciosas, preciosas…

El cielo estaba lleno de ellas. Y caían. Caían sobre la Tierra a aquella asombrosa velocidad, aumentando de tamaño a medida que se acercaban. Muy pronto, todo el mar y la tierra estuvo como bañada en luz rojo solar. Era como una insólita luz esplendorosa y nueva, totalmente desconocida, jamás vista por ojo humano. Fue como si en el cielo se encendieran cientos de bombillas, como si el mar se iluminase, como si todo fuese ya solamente resplandor nuevo.

Como sonido de fondo, Ophelia oía ahora los gritos en la calle, en las azoteas de los edificios vecinos, en las terrazas situadas por debajo de la suya… Muchas personas habían encendido la radio, y se oían voces de varios locutores, mezclándose de tal modo que Ophelia no podía entender nada. Por las calles la gente corría, los automóviles se habían detenido, por todas partes se oían chillidos histéricos.

El pánico total.

Fascinada por el espectáculo de la llegada de aquellas bolas, Ophelia recordó de pronto el motivo por el que estaba en la terraza utilizando el telescopio.

–¡Oh, Dios mío! –gimió–. ¡Y él está en el mar!

Miró con el telescopio hacia el mar, graduándolo de nuevo. En realidad, ya no necesitaba el telescopio para ver llegar la gran cantidad de bolas rojas. Allá estaban, a simple vista. En cambio, Orson Nashington…

Ophelia lanzó un grito de alegría cuando lo vio, llegando en su balandro, alzado el rostro hacia el cielo, teñido de rojo intenso. Un rostro en el que sólo había expectación, enorme curiosidad. Ni pizca de miedo…

Entonces, las bolas rojas comenzaron a caer en el mar y en la tierra. No cayó ni una sola bola en la isla de Santa Catalina, pero sí en el mar, lejos. Simplemente, cayeron y desaparecieron, sin

consecuencia visible alguna. Llegaron algunas tan grandes como cinco portaaviones juntos, otras del tamaño de un automóvil corriente, otras incluso más pequeñas, y se hundieron en el mar. Sólo unas pocas. Las otras continuaron su viaje, quizá sin llegar a rozar la Tierra, quizá mucho más adentro del Pacífico, quizá en otro continente…

Llegaron, impactaron en el mar, y desaparecieron. Eso fue todo…, salvo la enorme ola que se formó en el lugar donde había caído la más grande de todas, y que se sumó o absorbió las olas producidas por otras más pequeñas. El mar pareció volverse loco, se alzó, lanzó miles de toneladas de espuma hacia el cielo, y la enorme ola, de una altura aterradora, se fue ensanchando como ocurre cuando se tira una piedra a un estanque. Llegó a Santa Catalina, alzó todas las embarcaciones que había en el muelle y en el puerto deportivo, y las estrelló contra los malecones, rebasó éstos y la avenida costera, arrasó los árboles, vehículos, postes de alumbrado, todo, y terminó con fragoroso choque en las fachadas de las casas situadas frente al mar.

Luego, como un viejo balón deshinchado, el mar regresó a su lugar, dejando en el aire una densa lluvia de espuma que comenzó a caer lentamente, pulverizada.

La nube de espuma se extendió, y llegó incluso, en lenta flotación, hasta la terraza de Ophelia, que estaba paralizada por el más genuino espanto, como sumergida en aquella masa pulverizada de agua teñida de rojo solar.

Cuando la visión se aclaró, y Ophelia reunió el valor suficiente para ello, miró hacia donde había visto por última vez el balandro de Orson Nashington.

Y allá estaba. Flotando como un simple cascarón de nuez, meciéndose fuertemente, pero allá estaba, a flote. Ophelia comprendió que la ola había alzado el balandro al pasar, lo había dejado caer luego en su seno, y había llegado a la costa; al retirarse, volvió a alzar el balandro y a dejarlo caer, pero allá estaba. Si Orson hubiera llegado unos minutos antes a puerto, ya no tendría balandro, y quizás él habría muerto…

¿O había muerto, de todos modos? Lanzando una exclamación incontenible de alegría, Ophelia se quedó mirando a Orson, que estaba completamente empapado, pero agarrado al mástil del balandro como si en ello le fuera la vida, y nunca mejor dicho.

Lanzando otra exclamación, Ophelia Singer se irguió, dio media vuelta, y entró corriendo en el ático. Cuando salió de éste no prestó atención a nada. Se oían cientos de voces, radios y televisores estaban a toda marcha, pero ella sólo tenía una idea en la cabeza. Correr a asegurarse de que Orson Nashington estaba bien, completamente y a salvo.

CAPÍTULO II

Por fin, y en cuestión de unos pocos minutos tan sólo, las aguas quedaron quietas, como si nada hubiera ocurrido. Pero, todavía agarrado al mástil de su balandro, Orson Nashington contemplaba el espectáculo que se ofrecía en tierra firme ante él: coches apilados, árboles arrancados, instalaciones de alumbrado torcidas o también arrancadas, cientos de cristales rotos en las fachadas de las casas de la avenida, embarcaciones de toda clase aplastadas contra el muelle, o hundiéndose, convertidas en astillas. En el agua se veían algunas personas nadando hacia el muelle. En éste, y en la avenida, aparecían ahora muchas personas corriendo, gritando. Histerismo colectivo. La ola había afectado el puerto y la avenida costera, y parecía que la gente, que la había visto venir, había escapado de allí a tiempo, al menos la mayoría. Pero quedaban aquellas personas flotando cerca del muelle, y dentro de algunos automóviles debía de haber ocupantes, sin duda…

Orson miró hacia el cielo. Todo había vuelto a la calma, a la normalidad. Como si nada hubiera ocurrido.

«Si he salido de ésta –pensó Orson– es que a mí ya no me mata ni un rayo.»

Miró de nuevo hacia el muelle. Si hubiese navegado tan sólo un poco más rápido, ahora estaría estrellado contra la piedra, él y su balandro, como si hubieran sido un huevo. Pero conservaba la vida y el barco. Y desde allí, a unos trescientos metros del muelle, veía ahora llegar ambulancias y coches oficiales, rodando cautelosamente sobre el mojado asfalto. Arriba, en el cielo, comenzaron a parpadear, ya visibles, las estrellas.

¿Qué demonios había pasado?

Bueno, ya se enteraría. Ahora tenía que intentar llegar al muelle, aunque esto no iba a ser fácil, debido al amasijo de embarcaciones que prácticamente lo imposibilitaban, allí apiladas. Y debía de haber varias en el fondo… Lo mejor era dejar el balandro allí, y alcanzar el muelle a nado, así que ancló el barco, y, sin más, se lanzó al agua. Su decisión salvó dos vidas: cerca del muelle ya, una mujer y una niña, que sin duda habían estado en uno de los yates, luchaban desesperadamente por mantenerse a flote.

–La niña –gimió la mujer–. ¡La niña!

–Cálmese –jadeó Orson–. No hagan nada, sólo déjense llevar por mí.

La niña lo miraba con los ojos desorbitados, pálida de miedo, paralizada. Orson supo muy pronto por qué la mujer no podía nadar;

tenía un brazo roto. La niña parecía estar bien.

–¿Sabes nadar? –preguntó Orson, y cuando ella asintió con la cabeza, le sonrió–. Estupendo. Mira, todo lo que tienes que hacer es nadar muy despacio junto a mí. Sólo eso. Si crees que no tienes fuerzas, no te agarres a mí, sólo avísame… ¿Me has entendido?

La niña volvió a asentir, y Orson, tras guiñarle animosamente un ojo, se colocó de cara al cielo, y comenzó a nadar sólo con las piernas, remolcando a la mujer, y sin dejar de mirar a la niña… Algunas personas eran ayudadas a subir al muelle, cerca de ellos. Dos hombres se lanzaron al agua y acudieron en ayuda de Orson, que les advirtió la circunstancia del brazo roto de la mujer.

–Tengan cuidado… Yo me encargo de la niña.

Un par de minutos más tarde eran ayudados a llegar a tierra firme. La niña rompió a llorar entonces, y Orson la abrazó.

–Eres muy valiente –murmuró–, así que tienes derecho a llorar ahora. Llora todo cuanto quieras.

La mantuvo abrazada hasta que se tranquilizó un poco. La madre acababa de ser colocada en una camilla, y se disponían a trasladarla a una ambulancia, pero la mujer no quería marcharse sin su hija, así que Orson le dio un suave empujón.

–Adiós –le sonrió–. Me llamo Orson. Si preguntas por mí te dirán dónde vivo, y te enseñaré dos delfines amigos míos. Se llaman Tom y Jerry…

La niña asintió, y salió corriendo para reunirse con su madre.

Fue justo entonces cuando Orson vio a Ophelia Singer.

Ella estaba a media docena de pasos de él, mirándolo fascinada, inmóvil, muy abiertos los ojos.

–¿Qué hace ahí pasmada? –gruñó Orson–. ¿No se le ha ocurrido la idea de que puede ayudar a alguien?

Ophelia asintió con la cabeza, pero no se movió. Orson soltó un bufido, y se alejó, dispuesto a ayudar a quien lo necesitara… Pero muy pronto se dio cuenta de que, en este aspecto, la situación estaba bastante controlada. Había heridos de poca consideración vagando de un lado a otro. Los más graves habían sido retirados ya por ambulancias o coches particulares llegados del interior. Comenzaba a hablarse de daños materiales y de víctimas. Los daños materiales, más o menos, estaban a la vista. Las víctimas irían apareciendo flotando en el mar, salvo las que habían quedado atrapadas en los coches. Las otras se las había llevado el mar, las había succionado al retirarse. ¿Cien? ¿Veinte? ¿Cinco? Al parecer serían muy pocas…

–¿Usted está… está bien?

Volvió la cabeza, y se quedó mirando a la pasmada.

Allá la tenía de nuevo, mirándole embobada.

–Sí, gracias –masculló–. Perdone lo de antes. Todavía no me había

dado cuenta de que lo que se podía hacer ya estaba hecho o se estaba haciendo. Lo siento, de veras.

–Debería… debería cambiarse de ropa…

–Excelente idea.

–Usted… usted no parece… tenerle miedo al mar.

–Estoy acostumbrado a él, se podría decir que somos amigos –encogió los hombros Orson; de pronto miró con súbito interés a Ophelia–. Oiga, ¿usted no es la tonta que lleva varias semanas preguntando cosas de mí por aquí?

La doctora Singer enrojeció. Enrojeció tanto que su rostro pareció una de aquellas bolas rojas que habían llegado del espacio. Orson se pasmó un instante, y luego sonrió.

–¡Ésta es buena! –exclamó–. ¿De modo que es usted? Vaya, me la habían descrito muy bien, por lo que veo: alta, rubia, tímida, bien vestida, guapísima…

–¿Gua… guapísima? –tartamudeó Ophelia.

–¿No lo es?

–Pu-pues yo… yo creo… que no.

–Chocante. Bueno, evidentemente usted no entiende de mujeres, jovencita.

–Bu… bueno, yo…

–¿Es tartamuda siempre o sólo ahora porque está asustada por todo esto?

–¡Oh! No, no, sólo… sólo ahora…

–Me alegro por usted. Bueno, parece que aquí ya no se podrá hacer nada hasta mañana, así que seguiré su consejo: voy a quitarme los pantalones y a secarme. Hasta otra.

–Sí, hasta otra…

Orson Nashington dio unos cuantos pasos, se detuvo, se volvió, y se quedó mirando perversamente a Ophelia.

–Oiga, ¿no querría tomar un trago conmigo? Ya sabe que vivo cerca de aquí –señaló–. Y podría contarle más cosas de mí que todos esos a los que ha estado preguntando. ¿Qué? ¿Acepta?

Ophelia Singer se conocía bien a sí misma, muy bien, así que sabía que iba a contestar que no. Por eso, se sorprendió al oírse diciendo:

–Sí.

–Estupendo –Orson regresó, le echó un brazo sobre los hombros, y echaron a andar–. ¿De verdad no sabía usted que es guapa?

–Yo creía… que era fea.

–¿De veras? ¿Y de dónde sacó esa información?

–Bueno… De un espejo, claro.

–O el espejo es un asco, o usted es tonta. O se las quiere dar de tonta, que es peor que ser tonto de verdad. Porque mire, ser tonto no

es culpa de uno, ¿verdad?, pero querer parecerlo es una monstruosidad. ¿Me comprende?

–Sí… Oh, sí, desde luego.

–Pues si me comprende, es que no es tonta. Así que ese espejo es un asco. ¿Está sucio, quizá?

–No.

–Ya veo. Entonces, era usted quien estaba sucia o algo así cuando se miró. O llevaba un vestido horrible.

–Oh, no… ¡Estaba desnuda!

–¡Aaaaah! Bueno, en ese aspecto no puedo juzgarla. Yo me refería sólo a su rostro. Y mire, no es que sea guapísimo de un modo… arrebatador, como los de esas chicas-muñeca. No. ¿Sabe lo que más me gusta de su cara?

–Los ojos. Tienen… ¿cómo se lo diría?… Luz. Sí, eso es: luz. Oiga, esto me ha quedado muy bonito, ¿verdad?

–Sí –sonrió Ophelia–. Sí, muy bonito. Gracias, señor Nashington.

Orson la miró con curiosidad, caminando a su lado, aceptando con toda naturalidad su brazo sobre los hombros. Cierto, Ophelia era alta, pero, claro, junto a su metro noventa… Ella, que se había dado cuenta de la especulativa mirada, lo miró a su vez. Orson Nashington sonrió.

–Su boca también es muy bonita –susurró.

–Gracias.

–Tan bonita, que me están entrando tentaciones de besarla. ¿Qué le parece?

–Muy bien –se oyó a sí misma Ophelia, sorprendidísima.

Orson Nashington frunció el ceño, y continuó caminando a largar zancadas. Estaban ya en la playa, en la cual se veía también el rastro de la llegada y regreso de la enorme ola, aunque estaba claro que allí no había habido desgracias personales. Se veía alguna lancha volcada, eso era todo.

–¿Qué cree usted que ha sido todo eso? –preguntó Orson.

–No sé. Parecían meteoritos…, pero no lo eran.

–¿No? ¿Cómo sabe eso?

–No eran meteoritos, estoy segura.

–¿Qué eran, entonces?

–No sé.

–¿Sabe qué me ha parecido a mí que eran? Se va usted a reír, de veras: gotas de agua.

–¿Gotas de agua roja?

–No, no. Creo que el agua tenía su color normal, si admitimos que el agua puede tener color, pero el sol poniente, al reflejarse en ella, le ha dado esa coloración rojiza… Aunque cabe la posibilidad de que esa agua no sea la que conocemos. A mí me pareció un tanto extraña…, si es que era agua. Menuda tontería, ¿eh?

–A mí también me pareció agua –le miró Ophelia–. Bueno, al menos me parecieron volúmenes líquidos.

–¿Ve como no es usted tonta? –la miró con renovado interés Orson–. Dígame: ¿a qué se dedica?

–Soy doctora en Geología.

Orson Nashington se detuvo en seco, y la hizo girar, encarándola a él. Tenía fruncido el ceño simpáticamente.

–Fantástico –opinó–. Yo soy oceanógrafo.

–¡No sabía eso! –exclamó Ophelia–. ¡Nadie me ha facilitado esa información sobre usted!

–No voy por ahí diciéndolo. Para mis amigos de Santa Catalina soy algo así como un tipo simpático aunque bastante golfo que se dedica a alquilar su balandro, y no tengo por qué perder ese prestigio.

Se echó a reír. Ophelia le contemplaba con los ojos muy abiertos. ¡Oceanógrafo! Peor que marino, porque el marino siente pasión por la navegación, simplemente, pero el oceanógrafo lleva mucho más allá su interés por el mar, por sus profundidades, por todo cuanto se relaciona con los océanos. ¡Y qué distinto el mar de la tierra!

–¿Pero no es usted un golfo simpático? –murmuró por fin.

–Ah, sí –rió de nuevo Orson–, ¡eso sí! Soy marino, golfo, y creo ser simpático. Pero eso no perjudica mi interés por la oceanografía. Al contrario, la está facilitando. Estoy ganando bastante dinero con mi balandro precisamente porque soy simpático. Y cuando tenga la cantidad que me he propuesto podré dedicarme exclusivamente a mi gran vocación, recorrer todos los fondos marinos… ¿Qué le parece?

–Me parece muy bien. Y le comprendo a usted. Yo también hago viajes de investigación de cuando en cuando.

–Vaya, esto es lo que yo llamaría vidas paralelas.

–Sí…, paralelas. Lo que significa que nunca se encuentran.

–Bueno, bueno, bueno, no tanto –rechazó Orson, reanudando la marcha hacia su ya cercano chalé–. No me diga que no sabe usted que se puede estudiar geología en el fondo del mar.

–Sí, pero yo no soy precisamente una gran nadadora, ni he pensado en esa especialización.

–Pensar es fácil. En cuanto a ser una buena nadadora, sólo se trata de aprender, dejando aparte el hecho de que hay una serie de materiales para estudiar los fondos marinos sin tener que meterse en las Fosas de las Filipinas, pongo por caso. Debería usted considerar la posibilidad de dedicar su atención también a la geología submarina… De este modo, quizás en algún momento nuestras vidas no serían paralelas, sino convergentes. Sería emocionante encontrarnos un día en el fondo del mar. ¡Hey, doctora! ¿Qué hace usted por aquí abajo? Ya ve, recogiendo muestras de rocas. ¿Y usted, profesor Nashington? Pues ya ve, buscando pececitos… ¿No sería

divertido? Y emocionante, insisto.
–No sabía que se podía hablar bajo el agua –rió Ophelia.
–Todo se aprende, de veras. Y si no, por señas. Y hablando de señas, gestos y expresiones corporales: a ver si sabe usted qué significado tiene esta seña.
Volvió a detenerse, la atrajo hacia él, y la besó en la boca, colocando ambas manos sobre los hombros de Ophelia. Ésta echó la cabeza hacia atrás, para facilitar el beso. Orson Nashington puso una mano en la garganta de ella, abarcándola completamente, como abrazándola con sus largos y fuertes dedos. Parecía que el mundo entero estuviese palpitando en la garganta de Ophelia Singer. Tenía los labios tiernos y frescos, su boca parecía fundirse con la de Orson. Éste deslizó la mano hasta posarla sobre un seno de Ophelia, y como respuesta, ella puso una de las suyas sobre la de él, y apretó. Orson percibió el calor del seno, su turgencia firmísima. Volvió a subir la mano hacia la garganta de ella, que ahora ardía. Ophelia se abrazó a su cintura, apretándose fuertemente contra él. A la derecha de Orson el mar rugía suavemente, como si nada hubiese ocurrido. Orson deslizó la mano desde el hombro hacia la nuca de Ophelia, y la introdujo entre los cabellos, acariciando con las yemas de los dedos el cuero cabelludo de la doctora, que se estremeció.
Parecía que el beso no fuese a tener fin.
Pero lo tuvo.
Ophelia se apartó un poco, por fin, y jadeó:
–Oh, Dios mío…
–¿Qué te pasa? –susurró él–. ¿No te ha gustado?
–Temo… que demasiado.
–Entiendo. A mí también. Bueno, ¿qué significa este gesto, según tú?
–Puede… significar muchas cosas. O ninguna en absoluto. A veces, un beso no significa nada.
–¿Un beso en la boca como éste no significa nada?
–*Podría* no significar nada.
–Bueno, te aseguro que no voy por ahí besando a cualquiera que aparece ante mí, ¿sabes? –gruñó él.
–Supongo… que sólo besas a las chicas que llevas en tu balandro.
Orson frunció el ceño, reflexionó unos segundos y asintió.
–Tienes razón –admitió–: a veces, un beso puede no significar nada en absoluto. Y acabo de comprenderlo.
–¿Nuestro beso no ha significado nada para ti?
–Por el contrario, ya te he dicho que me ha gustado demasiado. Ya sé, ya sé, ahora vas a decir que tampoco eso quiere decir que tenga un significado especial.
–¿Me equivoco?

–Veamos, veamos…

La abrazó de nuevo fuertemente, y volvió a besarla.

Ophelia entregó su boca totalmente, cálidamente, y todo su cuerpo comenzó a vibrar con la caricia, que lo inundaba de calor. Dentro de ella, aquel volcán poco antes desconocido estaba rugiendo fuertemente… Cuando este beso terminó, Orson volvió a pasarle un brazo por los hombros, y echó a andar. No dijo nada, y también Ophelia permaneció en silencio. En aquel momento, la doctora Singer se había olvidado completamente de la geología, la astrología y demás ciencias.

Llegaron al chalé de Orson, y pasaron junto a la piscina, en la que se oyeron unos sonidos melodiosos. Orson soltó a Ophelia, y se acercó rápidamente. Ophelia le siguió, y se quedó mirando los dos delfines que parecían morados, casi negros, a la última luz del día. Orson se había arrodillado en el borde de la piscina y emitía unos sonidos parecidos a los de los delfines.

Ophelia se arrodilló a su lado.

–¿Estás hablando con ellos? –se interesó.

–Eso creo.

–¿Y qué te dicen?

–Están asustados… Muy asustados. Mucho –Orson volvió la cabeza hacia la playa–. Me pregunto qué está pasando bajo las aguas en estos momentos, qué repercusiones pueden haber ocasionado esas… gotas de agua. Lo que sea, ha asustado a Tom y Jerry, y han venido a refugiarse aquí.

–Con su amigo –sonrió Ophelia.

–Sí –sonrió también Orson–. Te diré algo que no saben tampoco tus informadores: Tom y Jerry suelen acompañarme en mis investigaciones submarinas por estas aguas. Bajan conmigo, vigilan, se aseguran de que no me meto en líos… En cierta ocasión, Tom me impidió meterme en una de las grutas que hay ahí abajo. Nunca se lo agradeceré lo suficiente: cuando ya nos habíamos alejado bastante, vi salir de la gruta un tiburón de más de tres metros.

–¿Y qué pasó? –respingó Ophelia.

–Me devoró.

Ophelia se echó a reír. Miró a Tom y Jerry, que nadaban velozmente de un lado a otro de la piscina, que era para ellos lo mismo que un cubo para una sardina, en proporción a su tamaño. Orson movió la cabeza.

–Sí, están muy nerviosos –murmuró.

Se quitó las zapatillas, los pantalones y los calzoncillos, y se metió en el agua, acariciando a .los dos delfines, que seguían emitiendo sus sonidos.

–¿Qué dicen ahora? –se interesó Ophelia.

–¿Por qué no vienes a preguntarles?

Ophelia se puso en pie y se desnudó completamente. Su cuerpo pareció de lava roja, bello, armonioso en su esbeltez. Se metió cuidadosamente en el agua y rió cuando uno de los delfines giró panza arriba cuando comenzó a acariciarlo.

–Te voy a dar un consejo –dijo Orson–: rompe ese espejo.

–¿Quieres decir que te gusta mi cuerpo?

Orson Nashington nadó hacia el borde de la piscina, salió de ésta con agilísimo impulso, y tendió las manos. Cuando tuvo en ellas las de Ophelia tiró arriba, sacándola fácilmente. La abrazó por la cintura y se encaminaron hacia la casa. Entraron en ésta por la puerta-ventana toda de cristal que daba al pequeño jardín donde estaba la piscina. Cruzaron la salita, y segundos después estaban en el dormitorio. Orson abrazó completamente a Ophelia, se inclinó sobre ella, y le pasó la lengua por un lado del cuello. Ophelia se estremeció, riendo…

–Suponiendo que te faltase un ingrediente –susurró Orson Nashington–, ya lo tienes: sabor a mar.

Otra vez se besaron en la boca, larga y profundamente. A partir de ese momento, Ophelia Singer comenzó a flotar. Y flotando se tendió en la cama, flotando se besó de nuevo con Orson Nashington, flotando suspiró y se estremeció bajo las caricias de él… Y, flotando, flotando, poco después su volcán entró definitivamente en erupción cuando, abrazada al hombre del que tan intensamente se había enamorado, intercambiaron el gesto de amor que la convirtió definitivamente en mujer.

CAPÍTULO III

–Ahora recuerdo que te debo un whisky –dijo Orson.

Ophelia se sentó de un salto en la cama.

–¡Lo había olvidado! –exclamó.

Orson se quedó mirando los bellos y delicados pechos que habían tremolado con el rápido gesto de la doctora, miró su garganta, sus hombros, su boca, su ojos… Parpadeó.

–Una chica seria como tú no hace esto así, por las buenas, en un momento dado –murmuró–. ¿Cuánto tiempo hacía que lo deseabas?

–Oh, varias semanas –se sonrojó de placer Ophelia.

–¿Y por qué demonios has esperado tanto?

–No me atrevía ni a acercarme a ti. Bueno, supongo… que te has dado cuenta de que… de que soy… virgen.

–Lo eras –rió él.

Ella también rió, y se echó sobre él. Orson deslizó una mano por la sedosa espalda, y ella se estremeció una vez más. Chocante, pensó

Orson, de verdad chocante.

Ella le besó en el pecho, y le miró.

–Deberíamos cenar algo y escuchar la radio –dijo–. No vamos a pasarnos la noche aquí y así.

–¿No te gustaría?

–¡Oh, sí!

Estuvieron quietos unos minutos más, abrazados. Hacía casi tres horas que estaban allí. Por la ventana se veía la negrura de la noche, como diluida por la luz que se le enfrentaba procedente de la lamparilla de la mesita de noche.

–Bueno –dijo Orson–, podríamos cenar unos bocadillos y escuchar la radio. Iré a buscar tu vestido a la piscina.

–¿No tienes algo más cómodo?

Minutos más tarde ambos reían. Ophelia se había puesto un viejo albornoz de Orson, y estaba en verdad graciosa y bellísima. Sus rubios cabellos, sueltos, parecían una explosión de oro. Orson Nashington movió la cabeza como perplejo.

–Chocante… –dijo–. Chocante.

–¿El qué?

La atrajo, la besó en la boca, y luego la empujó hacia la cocina, que era diminuta.

Mientras comían unos bocadillos, acompañados por un excelente vino de San Bernardino, escucharon la radio a pilas de Orson, colocada entre ambos en la mesita. Oyeron parte de un boletín informativo y otro completo. El resumen era el siguiente: las autoridades habían sido informadas de la aproximación de aquellos "cuerpos" a la Tierra por los científicos que rastreaban el cielo continuamente, pero habían juzgado más prudente silenciar la llegada de los "cien mil meteoritos", como fue bautizada en principio, que informar a la población. Esta decisión no había sido arbitraria, sino prudente, a fin de evitar un pánico mundial. Mundial, porque aquella lluvia de los cien mil meteoritos había caído sobre todo el planeta Tierra, no sólo sobre Estados Unidos ni sólo sobre su costa oeste. Ciertamente, había causado daños y víctimas, pero el desastre habría sido mucho mayor si el público de todo el mundo hubiera sido informado con anterioridad; al cundir el pánico en todo el mundo las consecuencias habrían sido sencillamente desastrosas. La información terminaba indicando que a las once de la noche habría un programa de televisión, que se emitiría por todas las cadenas, con imágenes sobre la lluvia de los cien mil meteoritos.

–No eran meteoritos –insistió Ophelia.

Orson miró el reloj de la cocina. Faltaban cinco minutos para las once. A las once, cada uno con un vaso de whisky en la mano, estaban ante el televisor, esperando el programa informativo especial.

A las once en punto el programa fue televisado. Orson y Ophelia permanecieron en silencio, contemplando las imágenes de las bolas, que no eran todas rojas, ahora. Sólo eran de este color aquellas que habían caído en lugares donde se ponía el sol. En los lugares donde era de noche al caer las bolas, éstas eran como de negro terciopelo que reflejase las estrellas. En los lugares donde era de día, las bolas tenían una tonalidad suavemente azulada, como las aguas de las piscinas. Pero siempre, siempre, de diferentes tamaños, y resplandecientes. Al parecer, aunque esto estaba por confirmar, pues la imagen no había podido ser captada por los satélites de Mundovisión, el más grande "meteorito" había caído en el centro de Siberia, y su tamaño, se calculaba, podía ser como el de veinticinco portaaviones…

Cuando la información terminó, Orson soltó un gruñido.

–Muy bien, pero… ¿qué son esas bolas? –masculló.

–Todavía no lo saben –dijo Ophelia–. Pero no eran meteoritos.

–Lo sé. Eran líquidos… Agua, o algo parecido. Pero desde luego no era lluvia. Quiero decir que no era la lluvia habitual de nuestro planeta, sino del exterior. Y me pregunto si el cuento ha terminado.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que quizás esas bolas no sean más que una avanzadilla, y que podrían llegar más. Una avanzadilla o una fuga de un mar galáctico.

–¿Un qué? –exclamó Ophelia, vivamente interesada.

–No se lo digas a nadie, porque ya una vez un compañero de estudios me dijo que estaba loco, pero ¿por qué no admitir la existencia de mares galácticos?

–¿Quieres decir… masas de agua flotando en el espacio exterior? ¿Agua condensada? ¿Agua?

–Bueno, digamos… cuerpos líquidos. O semilíquidos. Los tenemos en la Tierra, ¿no? Tú misma habrás visto lava fluida, supongo, en algún volcán latente.

–Sí… Sí, sí.

–Y tenemos el mercurio. Y los combustibles llamados sólidos. Y muchos otros cuerpos, simples o compuestos. Cuando digo mar galáctico me refiero a una masa no sólida. Puede ser agua, puede ser una licuación de gases, o una fusión de minerales hasta un grado tan ligero que podrían parecer líquido de escasa densidad… Y sobre todo, no creo que nadie se pasme si digo que en el espacio exterior hay hidrógeno y oxígeno, ¿verdad? Tampoco voy a enseñarte que el agua es una composición de dos partes de hidrógeno y una de oxígeno, digo yo.

–H_2O –sonrió Ophelia–. ¡Cielos, Orson, qué teoría tan sumamente interesante!

–¿De veras te interesa?

–¡Claro! ¡Un mar galáctico! ¡Oh, vamos, claro que me interesa, es sencillamente apasionante!

–¿No te parece descabellado?

–¡Claro que no! El universo está lleno de cuerpos, minerales y gases de toda clase. ¿Por qué no de mares galácticos? Enormes masas de hidrógeno y oxígeno que se han combinado en la proporción de dos a uno. ¡Cielos, ¿por qué no?!

–En realidad, todo esto es para mí un sueño infantil. Comencé a pensar en ello siendo un niño, poco después de decidir que dedicaría mi vida a conocer el mar. Me pregunté… Sí, me pregunté para qué necesitaba el mar a la tierra. Más bien es al revés, ¿no te parece? Conocemos planetas que podríamos llamar muertos precisamente por falta de agua, ya sea nuestra agua H_2O o cualquier otro tipo de agua. Si con nuestro planeta hiciéramos dos partes, dejando a un lado la tierra y al otro el agua…, ¿qué parte crees que sobreviviría, qué mundo de los dos seguiría existiendo? ¿El terrestre o el marino?

–Bueno…

–Francamente, yo no me imagino la tierra sin agua. Todo moriría. En cambio, los mares, por sí solos, subsistirían, toda la vida que contienen seguiría existiendo prácticamente igual que ahora. No, el mar no necesita a la Tierra, Ophelia. Y así…, ¿por qué no podía soñar un niño que había en el universo lejanísimo miles, quizá millones de hermosos mares galácticos? Quítale el agua a la Tierra, y la Tierra morirá. Llévate de la Tierra todos sus océanos, toda su agua…, y se formará… un planeta acuífero que se bastará a sí mismo en cualquier lugar del universo.

–No sé si puedo imaginármelo… ¡Una enorme bola de agua flotando en el espacio!

–¿Una? ¿Por qué una? ¡Puede haber millones! Y uno de esos mares galácticos ha… perdido una pequeña parte. Por lo que sea, quizás a cien años luz de aquí, o a un millón de años luz, sucedió en su tiempo que parte de ese mar galáctico se segregó…, y ha estado viajando eternidades por el espacio hasta llegar a la Tierra. Y te diré más: ¿por qué no admitir que la Tierra empezó así?

–¿Empezó cómo? –casi gritó Ophelia.

–Como un mar galáctico que, dentro de su masa líquida, contuviera toda clase de minerales y gases que se fueron combinando, o separando. Un mar que podía contener partículas de toda clase que hubiera ido recogiendo por todo el universo, y que, en su seno, fueran formando los elementos que hoy conocemos: hierro, oxígeno, helio, vegetación…

–¡Por el amor de Dios, Orson! –gimió Ophelia.

–¿Por qué no? Y quizás en estos momentos estén formándose

millones de planetas como la Tierra, tan lejos de aquí que ni siquiera podemos imaginarlo. ¿Por qué no?

Ophelia Singer se terminó el whisky de un trago, y quedó con los ojos muy abiertos, la mirada perdida, entre asustada, desconcertada y fascinada. Efectivamente: ¿por qué no?

Orson Nashington sonrió, se puso en pie, y la tomó de una mano.

–Vamos a echar un vistazo a Tom y Jerry, a ver si se han calmado.

Nada más salir desde el saloncito al jardín y mirar hacia la piscina, comprendieron que algo insólito estaba sucediendo: un leve resplandor, como fosforescente, flotaba sobre la piscina. Orson lanzó una exclamación, y salvó la distancia en unas pocas zancadas, casi arrastrando a Ophelia, que lanzó un grito cuando miró el contenido de la piscina.

Estaba llena de luces fosforescentes, de forma alargada y triangular, que se movían lentamente bajo el agua. Parecían como la mitad ancha de una corbata convencional. Y en cada una de estas formas, en la parte más ancha y encima había como dos puntos de roja luz, móviles.

Reaccionando, Ophelia miró por fin a Orson, murmurando:

–Tú eres el oceanógrafo… ¿Qué son esos peces?

Orson movió la cabeza.

–No lo sé… –susurró–. Nunca antes los había visto.

–¡Pero en los libros que…!

–Ni en los libros, Ophelia. Es claro que no soy todavía una autoridad oceanográfica, y que debe de haber muchas cosas que desconozco.

Se quedaron mirando los peces que iban de un lado a otro lenta y suavemente, con sus ojos rojos en la parte de encima. Era como contemplar alargadas luces móviles. Unas luces fosforescentes de gran belleza, que se deslizaban cerca del fondo. De la piscina brotaba un resplandor que teñía los rostros de los fascinados Orson y Ophelia.

De pronto, Orson murmuró:

–Tom y Jerry no están, claro.

–¿Por qué claro?

–Creo que es a esto a lo que tenían miedo.

–Lo delfines no temen ni a los tiburones, mi amor.

–Porque los conocen, saben lo que son.

–También deben de saber lo que son estos… ¡Oh, no! –se irguió vivamente Ophelia–. ¿Me estás diciendo que estos peces han llegado en esas gotas rojas?

Orson Nashington permaneció en silencio. Ophelia parpadeó, y volvió a mirar los peces que nadaban en la piscina… De pronto, uno de ellos ascendió lentamente a la superficie. A medida que subía su luz era más y más intensa, más hermosa, fascinante. Pero pronto

sucedió algo que dejó petrificados a los dos científicos: la parte ancha del pez emergió del agua, como un periscopio, y en el acto la luminosidad de esta parte del cuerpo desapareció; fue como si se apagase un tubo de neón, pero sólo en la parte que sobresalía del agua, casi la mitad del tamaño total del pez; la otra parte, bajo el agua, seguía brillando, intensamente.

Y entonces, en la parte elevada fuera del agua, que parecía haberse tornado invisible, destacaron con gran fulgor los ojos rojos, moviéndose rápidamente, como mirando de Orson a Ophelia y viceversa.

–¡Yííííiicccc! –brotó el sonido de alguna parte del pez.

Y en el acto, éste se sumergió completamente, de modo que todo su cuerpo volvió a ser perfectamente visible. Bajó rápidamente, y se lanzó hacia el canal que comunicaba la piscina con la playa. En un abrir y cerrar de ojos los demás peces luminosos desaparecieron de la piscina, lanzados a gran velocidad detrás del que había emergido parcialmente.

En un instante. Fue todo tan rápido que Orson y Ophelia ni siquiera pudieron seguir con la mirada la huida de los peces… Sólo vieron unas docenas de rayas luminosas lanzadas a toda velocidad, y en una fracción de segundo la piscina quedó vacía de visitantes, y el agua reflejó entonces la luz de las estrellas.

Orson, que estaba acuclillado, se echó hacia atrás, sentándose, y Ophelia le imitó. Los dos estaban pálidos. Ophelia tardó casi un minuto en poder murmurar:

–¿Alguna vez… viste un pez que se comportara de esa… manera?

–Claro que no. Pero ya te he dicho que, comparado con los grandes maestros, yo soy sólo un aprendiz de oceanografía.

–Pero… ¿qué crees tú que pueden ser? Tendrás alguna idea de especies parecidas, habrás oído alguna vez hablar de algo así…

–No. Nunca.

–¡Orson, no puede ser un pez extraterrestre!

–Según parece –la miró él, sonriente–, sabes más que yo de oceanografía, doctora.

–Oh, no… ¡Sabes muy bien que no he querido decir semejante tontería! Lo que quiero decir…

–No; te canses. Jamás he tenido noticia de peces como ésos. Pero sé de alguien que quizá lo sepa. Al menos, está considerado como la primera autoridad mundial en oceanografía: el profesor Makio Murayama.

–¿Un japonés?

–Sí. Hace un año coincidí con él en los arrecifes de Australia. Es un hombre muy cortés, y creo que le caí bien. Bueno, al menos me trató con gran indulgencia. Aprendí más con él en ocho días que en todo el

año que ha pasado después.

–Podrías llamarlo… ¿Sabes dónde encontrarlo?

–Sí, pero seguramente seria inútil. Las bolas de… agua deben de haber caído también en Japón, y es más que posible que en estos momentos, a plena luz del día que es allá, el profesor Murayama esté ya estudiando estos peces. Además, ¿por qué habría de escucharme a mí? ¡Ni siquiera tengo los peces, se han marchado!

–Quizá vuelva alguno, y entonces podrías cerrar la compuerta, para que se quedasen en la piscina.

–Hay otra cuestión –refunfuñó Orson–: francamente, no me gustaría hacer el ridículo demostrando mi ignorancia. Imagínate que llamo al profesor Murayama, que él viene, y en cuanto ve los peces me dice que son tal y tal, y que puedo irme al infierno. ¿Qué te parecería?

–¡Pues muy mal! –rió Ophelia–. ¿De modo que eres un cobarde?

–Te diré una cosa: consígueme uno solo de esos peces, y yo llamaré a Murayama aunque sea a riesgo de quedar en ridículo. ¿De acuerdo?

–¡No voy a ponerme a pescar ahora!

–Realmente no. Tenemos cosas mejores que hacer. ¿Tienes frío?

–De ninguna manera. ¿Por qué?

Orson Nashington sonrió perversamente. 34

–Es que quería exigirte que me devolvieras mi viejo albornoz.

–¡Pero si ya tienes puesto el nuevo…! ¡Oh! Me… me parece que entiendo, pe… pero… ¿aquí?

Orson se tendió sobre el césped, arrastrando consigo a Ophelia, y comenzó a quitarle el albornoz mientras la besaba en la garganta, luego en un hombro, en un seno… Ophelia emitió un gemidito de gozo, y justo en aquel momento se oyeron otros sonidos, en la piscina, que impulsaron a Orson a sentarse vivamente, exclamando:

–¡Han vuelto Tom y Je…!

Calló de pronto. Ophelia también se sentó, y el asombro también la dejó muda a ella. En la piscina, en efecto, vio a Tom y Jerry, erguidos sobre sus colas, “hablando” y, evidentemente, mirando hacia ellos.

Pero no era solamente esto lo asombroso, sino que los dos delfines parecían como impregnados de luz fosforescente…, de aquella peculiar luz que parecía llenar de nuevo la piscina, con mucha mayor intensidad que antes. Orson se tendió boca abajo, y se asomó al borde. Toda la piscina estaba llena de peces de ojos rojos.

Ophelia se tendió junto a él, y murmuró, excitada:

–Orson…, ¡la trampilla!

Frente a ellos dos, los delfines se habían sumergido, pero de nuevo aparecieron, siempre emitiendo sus sonidos, a los que Orson Nashington contestó. Los delfines volvieron a sumergirse, y ya

permanecieron tranquilamente en el agua.

–¿Qué pasa? –preguntó Ophelia.

–Ya no tienen miedo.

–¿Por qué? ¿Y por qué lo tenían antes?

–Bueno, preciosa –la miró sonriente Orson–, mis amigos y yo no sostenemos lo que podría llamarse exactamente una conversación, un diálogo bien estructurado y razonado como entre tú y yo, sino simplemente un intercambio de información rudimentaria, espero que entiendas esto. Me comunican cosas, impresiones, emociones incluso, y hasta me atrevo a decir que ideas, pero de eso a sostener un diálogo explicativo hay mucha diferencia.

–Sí, claro, lo comprendo. Pero quizá te hayan hecho entender por qué han vuelto, al menos.

–Te lo he dicho: ya no tienen miedo. Están bien con esos peces. Y bien claro está que los peces se encuentran a su vez encantados con la compañía de Tom y Jerry. Lo cual podría significar que, como me temo, son peces de la Tierra.

–¡No es eso lo que dijiste antes! ¡Y dijiste que si conseguías uno solo de esos peces llamarías al profesor Murayama!

–Sí, es cierto: lo dije. Pero no me hace mucha gracia encarcelar a esos peces, que podrían reprocharles a Tom y Jerry que los hubiesen traído a una trampa.

–¡No estás hablando en serio! –rió Ophelia.

–Ésta es la diferencia entre la Geología y la Oceanografía –masculló Orson–: tú tratas con materiales muertos, y yo con materiales vivos. Y, generalmente, los materiales vivos, sean cuales sean, piensan. O cuando menos, sienten.

–O sea, que los vas a dejar escapar de nuevo.

Orson Nashington movió negativamente la cabeza.

–No –susurró–. Como científico, no puedo hacer eso. Como científico, todo lo que puedo hacer es cerrar la trampilla y correr a telefonear a Japón…

CAPÍTULO IV

Ophelia Singer despertó, suavemente, y tras unos parpadeos se quedó mirando el resplandor de sol naciente en la ventana del dormitorio. Una sonrisa lenta y dulce estiró sus labios al recordar dónde estaba y cómo había pasado la noche. Orson, en efecto, había telefoneado a la residencia del profesor Murayama en Japón, donde le informaron, como ya se temía Orson, que el profesor estaba ausente, pero que con gusto le darían su recado si era importante y, sobre todo, urgente.

Orson dio su recado de este modo:
–Dígale al profesor que tengo una bola de agua roja en mi piscina.
Pero, además de recordar esto, Ophelia estuvo un par de minutos recordando otras cosas, que ocasionaron una corriente de recordado placer en su desnudo cuerpo. Muy bien, había ocurrido: había pasado toda la noche con Orson Nashington, lo había dicho. ¡Qué tonta había sido al haber tardado tanto en decidirse a hablarle! Si lo hubiera hecho desde el primer momento que comenzó a sentir aquella pasión hacia él ya haría semanas que estarían viviendo juntos. ¡Qué tonta había sido, qué tontísima!
Se dio cuenta de pronto de que no oía tras ella la respiración de Orson, y se volvió en la cama.
Ophelia se sentó rápidamente, desconcertada. Miró de nuevo la luz solar en la ventana: sí, estaba amaneciendo, conocía aquel tono de luz solar, pues era idéntico al que en muchas ocasiones la había despertado en su ático.
–¿Orson? –llamó.
No obtuvo respuesta. Saltó de la cama, se puso el viejo albornoz, y fue a la cocina. Orson tampoco estaba allí. Ni en el baño, ni en el salón… Pero a través de la puerta-ventana de éste lo vio, por fin. Estaba en el jardín, sentado sobre la hierba junto a la piscina, fumando.
Salió a reunirse con él. Se sentó a su lado, le besó en un lado de la boca, y murmuró:
–¿Estás huyendo de mí? ¿Me has visto a la luz del día y has pensado que el espejo tenía razón?
Orson Nashington la besó breve y suavemente en la boca, pero de tal modo que Ophelia comprendió, estuvo segurísima, de que acababa de decir una tontería, y suspiró.
Lo que dijo Orson no fue ninguna tontería:
–Los peces no están en la piscina.
Ophelia lanzó una exclamación, y se apresuró a mirar. Tom y Jerry acudieron hacia ella, sacaron parte del cuerpo fuera del agua y se quedaron mirándola alegremente, plasmada en su rostro aquella especie de sonrisa característica, y emitiendo sonidos de saludo. Ophelia miró hacia la trampilla, y la vio cerrada. Luego, miró de nuevo al agua. No se veía pez alguno. De ninguna clase. ¿Cómo habían podido escap…?
De pronto, Ophelia lanzó otra exclamación.
–¡Orson! ¡Ven!
Orson recorrió rápidamente la escasa distancia, asomándose al borde. Desconcertado, miró a Ophelia, que señalaba hacia el fondo de la piscina. Y de repente, el oceanógrafo recordó que en el fondo de la piscina había visto algo insólito: como diminutas bolitas de un color

azul oscuro, por pares.

–¡Están ahí! –exclamó–. ¡Pero…!

Se quedaron mirando los dos los pares de bolitas inmóviles en el fondo.

–Se diría que son los ojos –murmuró Ophelia.

–Sí.. Lo parecen. Pero ¿dónde están los cuerpos…. ¡Oh, por todos los demonios, están ahí, son transparentes! Menos los ojos, todo el cuerpo es transparente.

–Pero… anoche no lo eran…

–¡Claro que debían de serlo! Pero de noche emiten esa luz fosforescente, o bien la están emitiendo siempre, pero sólo destaca en la oscuridad. Y dentro del agua del mar, por supuesto. Por eso no vimos la mitad del pez que se asomó, ¿recuerdas?

–Sí. ¿No hay en los océanos terrestres peces transparente?

–Los hay parecidos a éstos… ¡pero no como éstos! Fíate bien, es como si realmente no hubiera cuerpo alguno. Maldita sea, ¡si hasta estoy dudando de que estén ahí! Voy a bajar, para obligarlos a moverse…

–¡Puede ser peligroso!

–No te preocupes –sonrió Orson–: si es peligroso Tom y Jerry se opondrán a que entre en la piscina, ya lo veras. Voy a por una lente, quiero ver bien eso.

Tres minutos más tarde, Orson Nashington se sentaba en el borde de la piscina, mirando expectante a los dos delfines, esperando de ellos alguna oposición o señal de alarma, pero no hubo nada de esto. Suavemente, se introdujo en el agua y se sumergió sin chapoteo alguno. La piscina debía de medir unos doce metros de largo por seis de ancho, y tenía dos profundidades: aproximadamente metro y medio en un extremo, ocupando una zona de cinco metros, y más de tres metros en el otro extremo, ocupando el resto. Los pares de ojos estaban en todo el fondo, pero cuando Orson se sumergió cuidadosamente, los que estaban en la parte menos profunda se desplazaron rápidamente hacia la otra zona. Orson Nashington no vio cuerpo alguno, pero sí vio perfectamente los ojos azul oscuro que parecían huir de él.

Se puso en pie, tomó aire de nuevo, y volvió a sumergirse nadando siempre muy suavemente hacia la zona profunda de la piscina, en cuyo fondo, como amontonados, vio los pares de ojos.

«Me tienen miedo –pensó–. Quizá sería mejor regresar arriba y dejarlos tranquilos…»

Junto a él nadaban Tom y Jerry, yendo y viniendo por la pequeña piscina que para ellos debía de ser como una celda. Pero estaban muy tranquilos. Completamente tranquilos…

Por supuesto, para un buceador de la categoría de Orson

Nashington, capaz de descender a pulmón libre cerca de cuarenta metros, los tres de la piscina eran un juego de niños. Le bastó un suave impulso de las piernas para recorrer la distancia hasta el fondo. Temía que los pares de ojos escaparían, pero no sucedió así en esta ocasión.

No.

Lo que sucedió fue algo que, de momento, asombró a Orson, y acto seguido lo llenó de puro y simple pánico: cerca de un par de ojos comenzó a aparecer algo que parecía una burbuja…, como si alguien estuviese haciendo pompas de jabón con una caña. La burbuja adquirió rápidamente una forma esférica de un diámetro de un par de metros, y salió disparada hacia él.

El sobresalto fue tal para Orson Nashington que éste perdió la lente al moverse para esquivar el impacto, y su ritmo respiratorio se rompió al respingar. Tragó una bocanada de agua mientras comenzaba a girar para volver a la superficie, pero no tuvo tiempo de nada: la burbuja llegó hasta él, lo engulló, se cerró de nuevo y salió como disparada hacia la superficie.

Sentada junto al borde de la piscina, Ophelia lanzó un grito cuando la burbuja apareció rompiendo la superficie emitiendo un chasquido como de ventosa y ocasionando bajo ella un embudo de agua giratoria… La burbuja ascendió unos tres metros, y luego cayó en el punto por donde había aparecido, con Orson Nashington dentro… Era como si estuviese dentro de una enorme pelota de plástico transparente, o del más puro cristal. Ophelia quedo paralizada por el espanto, desorbitados los ojos fijos en Orson, que flotaba ahora en el centro de la piscina, tendido en el seno de la burbuja.

Lo vio ponerse dificultosamente en pie, perder el equilibrio, intentándolo de nuevo y volviendo a perder el equilibrio. La burbuja se desplazaba siguiendo la trayectoria que le infería el peso de Orson en su seno una y otra vez.

Y dentro de la burbuja, Orson Nashington tenía la impresión de que todo sonido había cesado en el mundo, salvo el de su propia voz. Colocado de rodillas comenzó a golpear con los puños la burbuja, pero no consiguió romperla. Era como si golpease en un chicle: la burbuja se distendía allá donde golpeaba su puño v recuperaba su forma en cuanto lo retiraba, sin sentir dolor alguno.

–¡Ophelia! –aulló Orson–. ¡Ophelia, ve a buscar un arpón al cobertizo! ¡Un arpón! ¡UN ARPÓN! ¿No me estás oyendo? ¡OPHELIA!

Vio a Ophelia ponerse en pie, siempre desorbitados los ojos. Ella también le gritaba algo, pero no podía oírla. No oía absolutamente nada, ahora que no gritaba él. Podía respirar dentro de la burbuja, y moverse, pero era como estar fuera del mundo. Ophelia seguía gritando, le estaba preguntando algo, pero no oía nada, nada, nada.

El sol naciente iba adquiriendo una tonalidad amarilla, que pareció barnizar de oro la burbuja.

Orson se movió de modo que la burbuja se desplazó hasta el borde de la piscina, y serenándose en lo posible le hizo señas a Ophelia para que hiciera lo mismo y le atendiese. Ella acabó por asentir, y Orson señaló sus propios labios, formulando despacio la palabra «arpón».

Finalmente, Ophelia comprendió, y echó a correr hacia la casa. Se desvió hacia el cobertizo, entró, y salió con dos arpones, uno de ellos de una sola punta, con lengüeta de fijación para después de la penetración, y el otro en punta de tridente. Los mostró ambos a Orson, que señaló el tridente. Dentro de la burbuja comenzaba a hacer calor, mucho calor…

Ophelia se colocó en el borde de la piscina, sujetó el arpón con ambas manos, y lo clavó… Es decir, intentó clavarlo, pero todo lo que hizo fue alejar la burbuja hacia el centro de la piscina.

–¡Con más fuerza! –le hizo gestos Orson–. ¡Clávalo con toda tu fuerza, como si fuese una lanza!

Se movió de modo que la burbuja se acercó de nuevo al borde de la piscina, y repitió sus instrucciones, observados sus labios atentamente por Ophelia, que comprendió de nuevo, alzó el arpón por encima de su cabeza, y descargó un golpe lo más tuerte que pudo… La burbuja se alejó de nuevo de ella, sin deterioro alguno.

Por tres veces más lo intentó Ophelia, siempre con el mismo resultado. La muchacha estaba ahora llorando. Dentro de la burbuja el calor iba aumentando rápidamente, y Orson comprendió que pronto le faltaría el aire. Estaba sudando como si se hallase en una sauna, era terrible, alcanzaba ya la cota de lo insoportable…

Alrededor de la burbuja, Tom y Jerry nadaban velozmente, como si estuviesen buscando una entrada al interior. Orson golpeaba furiosamente, como enloquecido, pero nada variaba.

Se dejó caer sentado, y se quedó mirando, aterrado, el fondo de la piscina, donde estaban los pares de ojos. Tom y Jerry estaban ahora allá abajo, en el fondo, con los pares de ojos.

De pronto, apareció otra burbuja, llegó velozmente a la que encerraba a Orson, y la golpeó. La primera burbuja, la que contenía a Orson, se desvaneció como si jamás hubiera existido, y el oceanógrafo se hundió en el agua… Un instante más tarde, parecía saltar fuera de la piscina, se alejó de ésta, y se dejó caer sobre la hierba, boca abajo, jadeando, respirando ansiosamente. Ophelia corrió tras él, y se dejó caer de rodillas a su lado, temblando.

–Orson… Orson, ¿estás bien? ¿Estás bien?

Él hizo gestos con una mano, pidiéndole tregua, y durante un minuto estuvo dedicado a recuperar la respiración y la serenidad. Por

fin, se tumbó boca arriba, aspiró hondo, y dijo:

–He perdido la serenidad: no me lo perdonaré nunca. ¡Nunca!

Ophelia, sentada ahora junto á él, le tomó una mano.

–Ha tenido que ser horrible… ¿Qué era eso, qué ha ocurrido?

–La culpa ha sido mía. Los asusté, Ophelia, y ellos se defendieron, a su manera. Creo… que habría muerto dentro de esa burbuja si Tom y Jerry no los hubieran convencido de que enviaran otra para romper la primera. Estoy seguro de que ha sido así.

–¿De qué era esa burbuja, de dónde salió?

–No sé de qué era. Pero creo… que podría ser muy bien de saliva, o de alguna secreción producida por uno o varios de esos peces. Se formó cerca de un par de ojos, así que supongo que debía de partir de la boca… ¡Demonios tengo que admitir que jamás estuve tan asustado! Y se me está ocurriendo que quizás en estos momentos hay millones de peces como ésos en nuestros mares… ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

–Me parece que no muy bien.

–Todo depende del tamaño que puedan darle a esas burbujas. Me pregunto si, por ejemplo, pueden hacerlas tan grandes que dentro de una de ellas quepa una ballena… o un barco.

–¡Oh, vamos, Orson…!

Éste volvió a aspirar hondo, y se sentó. Miró hacia la piscina de pronto, lanzó una exclamación, y se puso en pie de un salto. Ophelia le imitó en cuanto vio lo vio lo mismo que acababa de ver Orson. Los dos se quedaron mirando las dos grandes burbujas que flotaban ahora en la piscina, dentro de cada una de las cuales había un delfín. Orson corrió hacia allí alterado, pero se tranquilizó enseguida al darse cuenta de la actitud juguetona de los delfines, que aparecían erguidos…. Las los burbujas reventaron de pronto, pero aparecieron otras dos que también absorbieron a Tom y Jerry, los alzaron varios metros, y regresaron al agua, salpicando profusamente a Orson y Ophelia.

Ésta murmuró:

–Parece… que estén jugando.

–Están tratando de decirme algo… Voy a volver a la piscina.

–¡Claro que no! ¡No, por favor, no, Orson!

–Sí, voy a volver. Estoy seguro de que no va a ocurrirme nada.

Sin dar tiempo a Ophelia a protestar de nuevo, Orson saltó a la piscina. Apenas se había sumergido, reapareció dentro de una burbuja fuertemente lanzada hacia arriba. Ophelia gritó, pero no tardó en darse cuenta de que Orson le hacía señas; señas que no tuvo más remedio que entender, pues él reía divertidísimo.

Con todo, Ophelia negó con la cabeza, retrocediendo.

–No… –dijo–. ¡Yo no pienso entrar ahí!

Pero Orson, sin dejar de reír mientras la burbuja saltaba una y otra

vez, seguía haciendo señas, y, finalmente, Ophelia entró en la piscina. Apenas lo hubo hecho llegó la burbuja, la absorbió y la lanzó hacia arriba.

Se estaba muy bien dentro de aquella burbuja. Era tibia y tierna, y, desde su interior, el mundo se veía de un tono sonrosado, y parecía que el aire fuese diáfano.

Se estaba tan bien allí dentro que, por fin, Ophelia Singer se echó a reír.

* ** *

–Lo que usted me está diciendo, profesor Nashington, es que esas burbujas pueden ser o bien peligrosas, o bien inofensivas, y que, naturalmente, una cosa u otra dependen de la voluntad de sus… invitados en la piscina. ¿Es así?

–Así es, profesor –asintió Orson.

Makio Murayama se dirigió hacia la puerta-ventana, desde la que veía la piscina. A un lado estaba el helicóptero en el que había llegado una hora antes, hacia las cuatro y media de la tarde, acompañado de dos ayudantes que permanecían sentados en sendos sillones, silenciosos y atentos. Ophelia y Orson, sentados juntos en el sofá, contemplaban al hombre que más sabía de los mares… del planeta Tierra.

El profesor Murayama era de mediana estatura, delgado, de cabellos abundantes y blanquísimos. De porte intelectual y sereno, inspiraba en seguida confianza y afecto. Y admiración. Sus ojos eran grandes, su frente muy amplia y bien abombada. Por supuesto, vestía a la americana, sin exotismo oriental alguno. Tenía setenta y dos años, pero no los aparentaba, salvo la blancura de sus cabellos, si es que esto podía significar algo.

Por fin, Murayama se volvió hacia Orson y Ophelia, tras estar contemplando largamente el jardín.

–¿Han hablado de esto con alguien, con alguna autoridad norteamericana?

–No –negó Orson–. Hemos preferido esperar a que llegase usted. Si hubiera informado de esto a alguien ahora estaríamos rodeados de periodistas y curiosos. Espero haber hecho bien, profesor.

–Desde luego. Esto, básicamente, es una cuestión científica, y es bien sabido que los profanos sólo causan perjuicios y molestias. De todos modos, profesor Nashington, las cosas…

–Profesor.

–¿Qué ocurre?

–Le agradecería que no me llamase profesor –murmuró Orson–. Aquí sólo hay ahora un profesor, y ése es usted. Me sentiría muy

honrado si me llamase Orson a secas.

Murayama se quedó mirándolo amablemente.

Por fin, asintió.

–Le estaba diciendo que las cosas están de tal modo que no podremos ocultar esto por mucho tiempo. Como es natural, muchas de estas burbujas han caído en lugares a los cuales el público ha tenido acceso, y, aunque hasta ahora se desconoce lo de las burbujas, se saben en cambio otras cosas de esos peces. Conseguimos algunos en un pequeño lago ayer mismo, poco después de que las bolas llegasen a la Tierra. Bueno, esos peces se disolvieron.

–¡Se disolvieron! –exclamó Orson–. ¡Cómo que se disolvieron!

–Son de una sustancia parecida a la gelatina, de una composición ligerísima. Tanto, que no me han dado tiempo a estudiarlos. En cuanto eran sacados del agua, o, simplemente, les tocaba la luz del sol, se disolvían… como mantequilla al fuego. Por lo que usted nos ha contado, es evidente que aunque salgan parcialmente del agua no se disuelven si es de noche, pero ciertamente la luz del sol los funde, los disuelve. Y, claro está, en lo que a mí respecta no tengo la menor duda de que estos peces no forman parte de la fauna marina del planeta Tierra.

–¡Así lo pensé! Bueno, supongo que podríamos estudiarlos si los sacábamos del agua fuera del alcance de la luz solar…

–Sí, es de suponer que sí, pero… existe en estos momentos un grave problema que habrá que atender con prioridad. Le voy a dar una noticia que pocas personas conocen actualmente en el mundo: en estos momentos, «Spiral» continúa su largo viaje hacia la Tierra.

CAPÍTULO V

Ophelia miraba al profesor Murayama con los ojos muy abiertos. Orson murmuró:

–¿«Spiral»? ¿A qué se refiere usted?

–A una masa de líquido cuyo volumen y tamaño se ha calculado en diez veces superior al de la Tierra. Digamos que es… una gota como las que vimos caer, pero del volumen que le he dicho. Su diámetro se ha calculado en unos ciento treinta mil kilómetros.

–Dios… ¿Y viene hacia nosotros, hacia la Tierra?

–Sí. Describiendo una amplísima espiral en el espacio, pero viene hacia la Tierra. Si viniese en línea recta ya habría llegado hace miles de años, quizá. Por fortuna, su trayectoria es espiral, si bien los círculos se van estrechando cada vez más, lo que significa, lógicamente, que invierte menos tiempo cada vez en describir cada

uno de ellos. Es como… como si estuviésemos estirando un muelle, en cuyo extremo aproximado está la Tierra. En estos momentos, en Japón están trabajando en el estudio de la trayectoria de «Spiral» para saber si terminará por absorbernos o pasará a cierta distancia, siempre describiendo esa espiral. Ni que decir tiene que si choca con la Tierra nuestro planeta desaparecerá, será engullido y arrastrado por el espacio. Pero, aun suponiendo que eso no llegue a suceder, existe el peligro de que en su trayectoria espiral pase orbitando la Tierra lo bastante cerca como para arrastrarnos, o, como mínimo, alterar de tal modo nuestra posición en el espacio que el cataclismo total es inevitable. Por el momento, sabemos ya con toda seguridad que hemos perdido la Luna: será atraída por esa masa líquida. Y si nos quitan la Luna… Bueno, me pregunto qué pasará con nuestro equilibrio espacial. Francamente, las perspectivas son aterradoras.

Orson Nashington aspiró profundamente. Estaba pálido.

–Entonces, finalmente, existen –murmuró.

–¿A qué se refiere usted?

–A los mares galácticos.

Makio Murayama parpadeó.

–Mar galáctico… Sí, me parece una descripción perfecta: mar galáctico. Aunque la composición de ese líquido no es como la de nuestros mares, ni ríos, claro está. He podido analizar ese líquido… hasta cierto punto, y no es propiamente agua tal como la conocemos nosotros. Contiene, desde luego, hidrógeno y oxígeno, pero contiene además helio, argón… y otros gases y hasta diminutísimas partículas de materia sólida que por el momento son desconocidas… Me ha gustado eso de mar galáctico, muchacho.

–¿Cuánto tiempo tardará en llegar… cerca de la Tierra?

–Ah, nuestra generación no debe preocuparse por eso, todavía puede tardar cincuenta o sesenta años. Eso, en cuanto al mar galáctico en su masa madre, se entiende. Lo que sí puede que vuelva a ocurrir una o mil veces es que cientos de miles de “gotas” sean despedidas del mar galáctico, digamos arrancadas por la fuerza centrífuga de sus giros… Y esas “gotas”, ya, vendrán todas hacia la Tierra, en línea recta.

–Digamos –sonrió de mala gana Orson– que estamos bajo el fuego de su artillería.

–¡Se puede decir así! –rió Murayama; enseguida frunció el ceño–. No sé por qué río; la perspectiva está clara: en cualquier momento pueden volver a caer sobre nosotros esas gotas, y me atrevo a suponer que su tamaño irá aumentando hasta alcanzar proporciones sencillamente enormes. Por ejemplo, una de esas gotas, simplemente, podría aplastar una ciudad como Los Ángeles, Tokio o Nueva York.

–Dios mío –gimió Ophelia–. ¡Pero algo se debe de poder hacer,

profesor!

Makio Murayama negó con un gesto.

–No, no se puede hacer nada. Estuve pensando que quizás una gran concentración de calor podría vaporizar ese mar galáctico, pero lo dudo. Aunque enviásemos a su encuentro, con una trayectoria lo más afinada posible, todas las bombas nucleares que están depositadas en los silos de la Tierra, no detendríamos el mar, que no sólo describe una espiral de órbita continua, sino que gira sobre sí mismo, en un movimiento de rotación como el de la Tierra, pero mucho más veloz… Es por eso que suponemos que las gotas que han llegado fueron arrancadas de la masa madre. Y precisamente esas gotas que se van desprendiendo continuamente impedirían que nuestras bombas llegasen al mar galáctico, pues forman como un cinturón de seguridad. Luego, está la fuerza de su gravitación, giratoria: las bombas serían rechazadas, no conseguirían penetrar su capa gravitatoria. Y entonces, sería como pretender vaporizar el mar Mediterráneo, por ejemplo, con el calor de unas cuantas cajas de cerillas.

–Y todo eso –exclamó Orson– mientras cientos de miles, quizá millones de gotas están viajando ya hacia nosotros.

–Bueno, quizás eso tarde un tiempo en volver a ocurrir. En mi opinión, las gotas que llegaron ayer lo hicieron porque se desprendieron al llegar a determinado punto de la órbita espiral que quedó directamente enfocada a nosotros. Hasta que eso vuelva a ocurrir, quizá pase medio año…, pero ocurrirá, porque el mar galáctico no deja de desprender gotas ni un segundo. Y en cuanto esté de nuevo en trayectoria recta con la Tierra, nos llegarán más gotas.

–Un momento… ¡Un momento! Si el mar galáctico está continuamente desprendiéndose de líquido podría llegar el momento en que fuese tan pequeño que…

–No, no, no, muchacho –negó Murayama–. Al contrario: el mar galáctico es cada vez más grande, va generando más y más líquido en su viaje por el espacio. ¿Por qué? Pues no lo sé exactamente, pero presumo que es debido, precisamente, a la absorción de diversos gases que va realizando en su largo recorrido, y que reaccionan de tal modo con los básicos del mar galáctico que van aumentando el volumen de éste. Yo lo he comparado a la bola de nieve que rueda montaña abajo: cada vuelta que da es más grande, al ir incorporando a su masa inicial la nieve de la ladera de la montaña. Lo mismo está ocurriendo con el mar galáctico, sólo que en vez de incorporar nieve, incorpora gases de gran capacidad licuadora.

–Entonces… estamos perdidos. ¡No se puede hacer nada!

–Lo único que podría salvar a la Tierra sería desviar la trayectoria de «Spiral» no menos de cuarenta y cinco grados conforme al eje de

la espiral. Lo demás, no serviría de nada. Lo que no quita que, mientras estemos vivos, nosotros, los científicos, nos ocupemos de ese mar galáctico… y de sus habitantes. Si no tiene usted inconveniente, Orson, pediré que me envíen mi equipo aquí, y estudiaremos esos ejemplares que tiene en su piscina. De noche, por supuesto. Debemos evitar que les toque la luz del sol, o se irán disolviendo. ¿Está de acuerdo?

–Sí, por supuesto –murmuró Orson–. Esperemos que ellos también lo estén.

–Si se refiere a las burbujas, no creo que puedan hacerlas una vez estén fuera del agua.

–El hecho cierto es que ahora están *dentro* del agua.

–Con una simple red podemos sacar unos cuantos.

–Es de suponer que morirían, ¿no?

–También nosotros vamos a morir –murmuró Murayama–. Quizá dentro de seis meses, quizá dentro de un año o dos… Y también va a morir todo el planeta Tierra, precisamente por culpa de «Spiral». No creo que las vidas de unos cuantos peces deban detener a la Ciencia, ¿verdad?

–Yo sé que usted tiene razón –admitió Orson–. Pero… Bien, en primer lugar me pregunto si ellos no enviarán fuera de la piscina nuestras redes con sus burbujas. Y en segundo lugar, si se disuelven al ser sacados del agua…

–Sólo a la luz del sol. Y ya le he dicho que trabajaremos de noche.

–Fuera del agua no se ven.

–Utilizaremos luz ultravioleta. Vamos, Orson, ¿qué le ocurre, muchacho?

–Estaba pensando que quizá podríamos… llegar a un acuerdo con ellos.

–¿Con los peces? –sonrió Murayama.

–¿Por qué no? Tom y Jerry, mis amigos delfines, se entienden con ellos, estoy seguro, y yo me entiendo con Tom y Jerry. Quiero decir que podría utilizarlos como… intérpretes mediadores.

–¿Está hablando en serio?

–Sí, señor –masculló Orson.

–En ese caso hagamos lo siguiente: mientras yo espero mi equipo y aguardamos a que nuestros respectivos Departamentos Científicos tomen resoluciones al respecto, usted puede intentar comunicarse con esos peces. Nadie va a molestarle. Pero, Orson, entienda que estamos obligados a pasar información a Washington y Tokio de lo que pretendemos hacer aquí, y yo espero de la ética de nuestros directores científicos respectivos que informen a nuestros colegas más significados en Oceanografía, y que los inviten. Por otra parte, cabe suponer que dada la peligrosidad del momento todos los gobiernos del

mundo llegarán a acuerdos científicos que tiendan al estudio de una posible defensa contra «Spiral»… En fin, son muchas las cosas que hay que hacer, o que intentar, ya que vamos a quedamos esperando la muerte sin hacer nada… Mientras tanto, como le digo, usted puede intentar esa comunicación. Y le digo sinceramente que nada me complacería tanto como que la consiguiera.

–¿Qué perdemos intentándolo?

Makio Murayama alzó las cejas.

–Nada –sonrió de pronto–. ¡Absolutamente nada!

–Eso pienso yo –sonrió también Orson.

Minutos más tarde, el profesor Murayama y sus dos silenciosos e impávidos ayudantes regresaban con el helicóptero a Los Ángeles, donde pensaban iniciar las gestiones con las autoridades norteamericanas tanto gubernamentales como científicas para poner en marcha todo el aparato de investigación al que serían invitados, tras la inicial preferencia con Japón, todos los países del mundo, tanto en sus actividades gubernativas y logísticas como científicas.

Y mientras el helicóptero se alejaba de la isla de Santa Catalina, Orson Nashington volvió una vez más junto a la piscina, en cuyo fondo se veían, siempre azules, los numerosos pares de ojos. Ophelia, que no se separaba de él ni un segundo, rió cuando Tom y Jerry se acercaron al borde, para saludarles alegremente.

–¡Son muy simpáticos! –exclamó–. ¡Y parece que quieren ser amigos míos!

–Naturalmente –sonrió Orson–: se han dado perfecta cuenta de que yo te amo, así que ellos también te aman.

–Oh, qué momento para decir esas cosas, Orson…

–¿No te gusta oírlas?

–¡Claro que sí! –rió de nuevo Ophelia–. ¿De verdad crees que se han dado cuenta?

–Yo creo que sí, pero por si todavía tienen alguna duda…

La abrazó, y la besó en la boca. En el agua, Tom y Jerry comenzaron a emitir sus cantarines sonidos, fueron hacia atrás, volvieron hacia delante… Orson y Ophelia dejaron de besarse y se echaron a reír inconteniblemente. Tom y Jerry se sumergieron, aparecieron describiendo un fantástico salto…, y los salpicaron profusamente en su caída… Abajo, en el fondo de la piscina, los pares de ojos seguían inmóviles.

–¡Bueno, ya basta de juegos! –exigió Orson–. Venid aquí, que tenemos que charlar un rato, amiguitos…

* ** *

El helicóptero reapareció apenas veinte minutos más tarde, cuando

Orson estaba en pleno “diálogo” con Tom y Jerry, que continuamente bajaban al fondo de la piscina y volvían con “noticias” para el joven oceanógrafo. Ophelia, que asistía un tanto escéptica pero muy seria a las sucesivas escenas, fue la primera en darse cuenta del regreso del helicóptero, y advirtió a Orson, que alzó la cabeza y se quedó mirando sorprendido el aparato.

Cuando éste aterrizó, los dos corrieron hacia allí. En la ventanilla, el profesor Muyarama les hacía señas perentorias, y su rostro aparecía inusitadamente alterado. Orson y Ophelia llegaron ante la ventanilla inclinándose bajo las aspas.

–¿Qué ocurre? –tuvo que gritar Orson–. ¿Tiene alguna avería…?

–¡Venga! –gritó Muyarama–. ¡Vengan los dos, suban!

El helicóptero reemprendió el vuelo apenas Ophelia y Orson estuvieron en su interior. Tan sólo cinco minutos más tarde los dos jóvenes científicos comprendieron la excitación de Makio Murayama y sus acompañantes, que habían perdido la impasibilidad: sobre el mar, cerca de la isla entre ésta y la costa del continente, se veían flotando docenas de burbujas, cada una de las cuales contenía en su interior una embarcación. Las había de todas clases: pesqueros, yates, lanchas, un transbordador metido en una burbuja enorme, pequeños veleros, *snipes*, balandros…

–¡Y esto debe de estar pasando en todo el mundo! –exclamó Ophelia.

Orson no contestó. Miraba hacia las burbujas. Naturalmente, sólo una mínima parte de su base estaba en contacto con el agua, de modo que las diversas embarcaciones estaban fuera de ella, casi todas escoradas. Las escenas entre las tripulaciones y pasajeros de las embarcaciones fueron comprendidas fácilmente por Orson Nashington: el miedo se había apoderado de todos. Algunas personas estaban heridas, otras lloraban, muchas golpeaban como podían la burbuja dentro de la cual se hallaban… El helicóptero volaba muy bajo, y sus ocupantes podían ver perfectamente las impresionantes escenas.

Por el este aparecieron dos lanchas guardacostas, lanzadas a toda velocidad, haciendo oír sus ululantes sirenas sincopadas. Por el oeste, el sol comenzaba a declinar.

Orson Nashington, fija ahora la mirada en las lanchas guardacostas que se acercaban, movía negativamente la cabeza mientras decía:

–No, no os acerquéis, no… Marcharos, alejaros…

El piloto de la empresa privada norteamericana que alquilaba estos aparatos y otros, volvió la cabeza hacia Orson. Estaba demudado.

–¿Quiere que intente comunicarme con las lanchas y que les diga que no se acerquen? –preguntó.

–Sí, hágalo… ¡Y cuanto antes!

No hubo oportunidad. Las lanchas estaban ya muy cerca, y, de

pronto, dos grandes burbujas aparecieron y las absorbieron, dejándolas con la quilla visible, ambas escoradas. El helicóptero se acercó a la zona donde las lanchas guardacostas habían sido "apresadas", y Orson lanzó una exclamación de espanto al ver a uno de los hombres de la dotación maniobrando en uno de los pequeños cañones.

–¡No! –gritó–. ¡Maldito seas, no hag…!

Vieron perfectamente cómo dentro de la burbuja se producía el disparo del cañoncito… Lo que sucedió fue sencillamente horrible: dentro de la burbuja se produjo una conmoción tal que la lancha y sus tripulantes quedaron convertidos en puro polvo humeante, absolutamente triturado todo, convertido en cenizas…, mientras que la burbuja, tras parecer incendiarse en rojo resplandor, permanecía incólume, conteniendo en su interior solamente aquellas cenizas que habían sido una formidable lancha guardacostas de la U. S. Navy y toda su tripulación. Ophelia se tapó el rostro con las manos. Orson, lívido, consiguió gritar:

–¡Vuelva! ¡Vuelva a mi casa! ¡Le digo que regrese!

El piloto volvió la cabeza, miró a Orson y a Murayama y asintió. Estaba tan pálido como Orson cuando emprendió el regreso hacia el chalé de éste.

Orson saltó del aparato cuando aún no tocaban tierra, gritando:

–¡Pare esta maldita máquina!

Corrió hacia la piscina, en cuya superficie, inquietos en verdad, nadaban Tom y Jerry. También en el fondo se movían ahora rápidamente de un lado a otro los pares de ojos… El helicóptero tomó tierra, sus aspas se detuvieron, todo quedó en silencio. Sentado junto a la piscina, recuperando el aliento y la serenidad, Orson hizo señas a Ophelia y a los japoneses para que no se acercaran, y, tras esperar un par de minutos, metió una mano en el agua y chascó los dedos. Tom y Jerry acudieron rápidamente, y el "diálogo" comenzó. Los delfines se sumergieron, reaparecieron con "noticias", volvieron a sumergirse, reaparecieron otra vez…

Tras escuchar sus sonidos, Orson corrió hacia la compuerta, y la abrió.

–¡No! –gritó Murayama–. ¡No, no!

Orson Nashington no hizo el menor caso al hombre que más respeto y admiración le merecía en el planeta Tierra. Y cuando éste y sus acompañantes se acercaron a mirar dentro de la piscina, la vieron completamente vacía: ni delfines ni peces del mar galáctico. Todos habían huido.

* ** *

El Director del Centro Espacial de Seguridad Nacional había escuchado en silencio las explicaciones de sus asesores, que fueron subrayando las de los profesores Murayama y Nashington, y, por fin, cuando aquéllas terminaron, todavía permaneció en silencio unos segundos antes de decir:

–El resumen de todo esto es que debo entender que el profesor Nashington se comunica realmente con esos dos delfines, que éstos a su vez se comunican con esos peces de «Spiral», y que fueron éstos los que, escapando de la piscina, fueron a “decirles” a sus congéneres que rompiesen aquellas burbujas y dejasen libres las embarcaciones… apresadas. Y esto, que estaba sucediendo en todo el mundo, se cumplió: todas las embarcaciones apresadas en esas burbujas fueron liberadas en cuestión de horas, después de las de Santa Catalina.

–Así es, señor –murmuró uno de los asesores.

–Y ahora –sonrió de lado el director–, ustedes me piden uno de nuestros vehículos espaciales para que traslade a ese mar galáctico a toda una expedición, compuesta por los profesores Murayama, Nashington, los dos delfines, y algunos de esos peces que volvieron luego a la piscina del profesor Nashington. Oh, bueno, creo que también la doctora Singer quiere ir en esa expedición, ¿no es cierto, doctora?

–Así es, señor –murmuró Ophelia.

–¿Por qué motivo? Usted no es oceanógrafa.

–No, señor. Pero me gustaría ir con Orson. De todos modos, si me quedo aquí y él fracasa es más posible que pronto la Tierra deje de existir, así que… prefiero estar con él.

–Me permito recordarle –deslizó Murayama, en su impecable inglés– que el peligro no está sólo en el mar galáctico, sino en las “gotas” que dentro de seis meses pueden llegar a la Tierra procedentes de su punto de liberación del mar galáctico idéntico al que ha ocasionado esta pequeña actual catástrofe. Muchas de esas gotas podrían tener un volumen cinco veces superior al de la ciudad de Nueva York, por ejemplo. Y si llegásemos a «Spiral» antes de que se desprendiesen evitaríamos catástrofes indescriptibles.

–Pero supongamos que son ustedes autorizados, y que llegan a «Spiral» antes de esos sesenta días que según ustedes duraría el viaje en línea recta: ¿qué harían una vez allí?

–Bueno –murmuró Orson–, no lo sabemos todavía, señor, pero mis delfines posiblemente me informarían de las dificultades exactas del mar galáctico, y quizá pudiéramos… desviarlo.

–Todo esto es en serio, claro –sonrió el director.

–Sí, señor –gruñó Orson–, naturalmente. He sido informado de que…

–¿Por sus delfines?

–Sí, señor, por mis delfines –comenzó a irritarse Orson–. Ellos me han informado de que la actual trayectoria del mar galáctico es accidental, que se debe a dificultades…

–Pero no le han dicho qué dificultades son ésas.

–No, señor.

–Y usted espera que sus delfines, asesorados por los peces galácticos que ustedes llevarán de regreso a «Spiral», puedan por fin conocer las causas, explicárselas a usted…, y poner así remedio a esas dificultades.

–Ya comprendo que todo parece cosa de locos, señor –masculló de nuevo Orson–. Pero si no le gusta a usted nuestra idea, proponga alguna otra solución. Y no digo que nuestra idea nos proporcione esa solución, sino que debemos intentarla.

–En ese intento podemos perderlos a ustedes, ¿no?

–Sí, señor.

–¿Y pese a eso están dispuestos a viajar sesenta días por el espacio acudiendo en línea recta al encuentro de «Spiral»?

–Sí, señor.

Se hizo el silencio. El director estuvo unos segundos mirando a aquellas tres personas que esperaban expectantes su decisión. De pronto, miró a uno de sus asesores.

–¿Qué clase de nave deberían utilizar, Cosgrove?

–Sólo hay una adecuada para eso, señor. Tenga en cuenta que deberá llevar cisternas para los delfines y los peces galácticos, y que…

–¿Qué nave? –cortó el director.

–La «Oso Polar», señor.

El director del Centro Espacial de Seguridad Nacional palideció. La «Oso Polar», el más enorme y poderoso vehículo espacial jamás construido por el hombre hasta la fecha, había costado al Gobierno de los Estados Unidos la cantidad de billón y medio de dólares, y los proyectos que se tenían para aquel gigante del espacio no eran, ciertamente, enviarlo al encuentro de un mar galáctico… para que fuese absorbido.

–Dios… –jadeó por fin–. ¡Dios, la «Oso Polar»!

–Tenga usted en cuenta –deslizó suavemente Makio Murayana– que si una de esas gotas supergigantes cae sobre la «Oso Polar» la hará pedazos, o bien la empujará hacia el mar como si fuese un palillo desde su emplazamiento en Cabo Norton.

–¡Vale un billón y medio de dólares!

–¿En cuánto valora usted su vida, señor? –preguntó Ophelia–. ¿En cuánto valoraría el planeta Tierra?

El director se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

Por fin, murmuró:
–Pueden disponer de la «Oso Polar».

CAPÍTULO VI

La gigantesca nave partió de su emplazamiento en Cabo Norton ocho días más tarde, cuando las estaciones de rastreo de la Tierra determinaron y comprobaron exhaustivamente y con toda exactitud la trayectoria espiral del mar galáctico. Efectuados todos los cálculos por medio de las más impresionantes computadoras espaciales, la nave fue programada para coincidir con «Spiral» en determinado punto, y, por fin, disparada.

Impresionantemente enorme en la Tierra, la «Oso Polar» se convirtió muy pronto en una insignificante mota en el espacio, lanzada a la velocidad adecuada para el impacto en el punto convenido. El más pequeño fallo ocasionaría que, simplemente, la «Oso Polar» no consiguiera ese contacto, y se perdiera para siempre hacia los más hondos confines del universo.

Sin embargo, no sucedió así.

El quincuagésimo primer día de navegación las pantallas revelaron la presencia del mar galáctico frente a ellos. Un día más tarde comenzaron a ver su extraño resplandor parecido al de una estrella. Dos días más tarde, comenzaron a verlo, agrandándose rápidamente. Finalmente, a simple vista, «Spiral» fue detectada en su forma y tonalidad.

No era redondo, sino en forma de balón de rugby, y giraba a gran velocidad produciendo destellos que en la eterna noche del espacio sin luz tenían una tonalidad azulada. En uno de sus extremos se iba formando una protuberancia, que poco a poco se iba agrandando y separando, quedando unida por un delgado pasillo de agua. Finalmente, a través del gran visor frontal de la nave, los tres únicos ocupantes de la «Oso Polar» vieron cómo la gigantesca gota se desprendía del mar galáctico fuertemente disparada en línea recta…

Una sola “gota”.

Pero Makio Murayama encontró pronto la explicación.

–Creo que sé lo que ocurre –murmuró–… Cada determinado tiempo, la fuerza centrífuga va originando una gota como ésa, que finalmente se desprende. Una sola gota cada vez. Pero esa única gota, que viaja íntegra por el espacio, se fragmenta al llegar a la atmósfera terrestre, y ocasiona la lluvia de cientos de miles de gotas.

–Si es así, profesor –dijo Orson–, no vamos a tener dificultades para el contacto.

–Exactamente. Si «Spiral» estuviese desprendiendo directamente

miles de gotas, alguna de ellas, fatalmente, nos alcanzaría y nos haría pedazos, pero cabe la esperanza de que esa única gota no venga precisamente hacia nosotros.

–Es enorme –suspiró Ophelia, mirando el mar galáctico.

–Ha aumentado de tamaño –asintió Murayama–, tal como dedujimos. Y seguirá aumentando continuamente. A su vez, las gotas que se esparzan por el espacio irán aumentando de tamaño, formando mares como éste por todo el universo. Pero esas gotas no nos interesan, se perderán en el infinito. A nosotros nos interesa la masa madre.

Orson Nashington sonrió, como divertido.

–Sí –dijo–. Todo lo que tenemos que hacer es desviarla de su trayectoria.

–No parece fácil, ¿verdad?

Orson no contestó. Sentado ante los mandos frente al visor directo, miraba con toda atención el mar galáctico. Su más descabellada fantasía infantil se había cumplido.

–Sin embargo, profesor –murmuró–, Tom y Jerry me aseguran que no debe preocuparnos nuestra proximidad a «Spiral».

–¿Y qué dicen Tom y Jerry respecto al regreso a la Tierra? –sonrió el anciano japonés.

–Sobre eso no dicen nada, ya que los peces galácticos no conocen esa cuestión. Pero sí les han dicho que no vamos a tener problemas con los seres del mar galáctico.

Murayama movió la cabeza.

–Creo que estamos locos –suspiró–. Pero no me habría perdido esto por nada del mundo. Y a fin de cuentas, si nos hubiéramos quedado allá abajo…

Volvió a mover la cabeza, siempre fija su mirada en el mar galáctico, que tenían a su derecha, describiendo su ruta hacia el punto del espacio al que se dirigía la «Oso Polar». Poco después, el calendario electrónico marcaba el día cincuenta y cinco de viaje. Tras ellos quedaba solamente la fría oscuridad perforada de estrellas. Delante y a la derecha, en ruta convergente con la nave, la enorme masa de azulados reflejos que parecía ir aumentando de tamaño a ojos vista.

–Cuenta atrás en ciento veinte horas –dijo Murayama.

* ** *

Cien horas después, los tres ocupantes de la nave terrestre estaban sencillamente aterrados. La grandiosidad de «Spiral», que según cálculos de la computadora había aumentado su diámetro en unos veinte mil kilómetros desde la última medición en la Tierra, los

tenía mudos. Sólo un gran control mental, desarrollado y perfeccionado sobre la marcha a medida que se acercaban a la gran masa líquida, los mantenía en una relativa serenidad que era ya, más bien, resignación ante su destino.

Ahora casi frente a ellos, «Spiral» se había convertido en una bola cegadora de la que se estaba desprendiendo otra enorme "gota".

–Esa gota debe de tener aproximadamente el tamaño del mar Negro –dijo Murayama.

–A partir de ahora no me quejaré cuando algún grifo de casa gotee –dijo Ophelia.

Se echaron a reír los tres.

Diez horas más tarde, todos los sistemas de propulsión sufrieron tal alteración en aceleración que Orson Nashington decidió desconectarlos. Inmediatamente, la nave aumentó la velocidad, atraída hacia el mar galáctico, que, situado frente a ellos, les impedía ya cualquier otra visión del espacio.

–El impacto va a ser terrible –murmuró Orson–. Espero que los sistemas de seguridad funcionen, o quedaremos convertidos en una masa machacada. Bien, voy a asegurarme de que nuestros amigos están bien.

–Salúdelos de mi parte –dijo Murayama.

–Yo voy contigo –dijo Ophelia.

Se dirigieron hacia el centro de la nave, donde estaba instalada la cisterna de cristal de acero dentro de la cual viajaban los delfines y los peces galácticos, que habían aumentado de tamaño hasta más del doble. La cisterna, herméticamente cerrada, estaba funcionando a la perfección, sin el menor fallo en su sistema de aireación y oxigenación directa. Dentro de ella, Tom y Jerry se movían suavemente.

Orson se colocó ante el sistema acústico de comunicación con el interior de la cisterna, y emitió algunos sonidos. En el acto, Tom y Jerry se acercaron a una de las paredes del solidísimo acuario, emitiendo a su vez sonidos de respuesta.

–Están excitados –dijo en seguida Ophelia.

–Ajá, veo que has aprendido el idioma –sonrió Orson.

–No he tenido otra cosa que hacer durante sesenta días.

–Bueno, eso no es exacto del todo, ¿eh?

–Oh, bueno, me… me refería…

–Hay algo que nadie podrá discutirte jamás –rió Orson–: habrás disfrutado de la más extraordinaria luna de miel que mujer alguna hubiera podido soñar.

–¡Eso es cierto! –rió Ophelia–. Aunque, más que luna de miel yo la llamaría mar de miel.

–Muy acertado. Ophelia, si volvemos a casa te prometo que no

llevaré más chicas en mi balandro.

–Ya suponía eso… –susurró ella, colgándose del cuello–. ¡Estoy tan contenta de haberte amado, Orson!

Se besaron, mientras por el altavoz sonaban los “informes” de Tom y Jerry. Cuando dejaron de besarse,. los dos se echaron a reír.

–Bueno –dijo Orson Nashington–, si ellos no están preocupados, no vamos a preocuparnos nosotros, ¿verdad?

El impacto, debido a la fortísima atracción de «Spiral», se produjo tres horas antes de la prevista. Advertidos por Murayama cuando estaban en su cabina haciendo el amor, los dos corrieron hacia los asientos situados frente al visor directo. Ante ellos, sólo había la masa azulada de «Spiral». Parecía que pudieran tocarla con la mano.

En cuestión de minutos todos los sistemas de seguridad de la cisterna fueron conectados, activados todos los circuitos neumáticos. Luego, los tres ocuparon sus respectivos lugares dentro de la cámara neumática, se introdujeron en las esferas vítreas, y se colocaron los cinturones de seguridad elásticos.

De esfera a esfera, los tres cambiaron una última mirada. Finalmente, Orson movió los labios en un beso hacia Ophelia, que le correspondió. Ninguno de los tres podía estar más pálido…

Desde afuera, un hipotético observador habría visto cómo aquel diminuto objeto brillante llamado «Oso Polar» llegaba a la superficie de «Spiral» incidiendo verticalmente, y desaparecía aguas adentro como podría haber desaparecido una bala al rojo vivo disparada contra una pella de manteca.

Y eso fue todo.

* ** *

Orson Nashington fue el primero en recuperar lentamente el conocimiento. Se quedó mirando el indicador de tiempo, y de pronto miró vivamente hacia la esfera que ocupaba Ophelia y acto seguido la de Makio Murayama.

«Si yo estoy bien, ellos también deben de estarlo», pensó.

¿O no estaba bien? Se movió, despacio. Todos sus músculos parecían responder. Respiraba normalmente. Se desprendió de los cinturones de seguridad, abrió las esferas de Ophelia y Murayama, y se aseguró de que ambos estaban vivos. Su estado parecía perfecto. Todo parecía perfecto, todo en su sitio, ninguna avería, nada.

Como si nada hubiera ocurrido.

Se dirigió al centro de la nave. En la gran cisterna, Tom y Jerry y los peces galácticos parecían hallarse también perfectamente. Los delfines estaban muy tranquilos, pero, por primera vez, Orson creyó percibir lo que podía definirse como nerviosismo en los peces

galácticos.

Un breve diálogo con Tom y Jerry al respecto le puso en antecedentes de que los peces galácticos, simplemente, querían salir. Sabían que estaban en "casa".

–Pues saben más que yo –murmuró Orson–… No sé si estamos flotando en la superficie de «Spiral» o en el fondo…

Regresó junto a Murayama y Ophelia, que tardaron muy poco en recobrarse. Tras convencerse de que los tres estaban bien, decidieron ir a los mandos ante el visor directo.

Ante ellos, simplemente, la tonalidad azul del mar galáctico.

–Desde luego, no nos movemos –dijo Murayama–. Tanto si estamos en la superficie como si hemos alcanzado algún fondo sólido, la nave está inmóvil.

–Bien –murmuró Orson–, creo que ha llegado el momento de enviar a nuestros guías exploradores a reconocer el lugar.

Media hora más tarde, tras ser descorrida la tapa de la cisterna de cristal de acero, Orson Nashington había equipado a los "exploradores"; Tom y Jerry, portadores ahora de sendos sistemas de radio, estaban dispuestos para ser lanzados fuera de la nave. La tapa de la cisterna fue colocada de nuevo, se inyectó la presión calculada, y la masa de agua de mar fue empujada hacia la amplia escotilla de salida, muy suavemente. En un instante, los peces galácticos desaparecieron de la cisterna, en cuanto estuvo abierta la escotilla de la nave. Tom y Jerry tardaron un par de minutos, pero, finalmente, también desaparecieron.

–Supongamos que no vuelven –susurró Ophelia–, que la presión del mar galáctico los mata… ¿Qué haríamos?

–Bueno –intentó sonreír Orson–, nos dedicaríamos a disfrutar de nuestra luna de miel…, quiero decir de nuestro mar de miel hasta que la muerte nos separase.

–Creo que deberíamos establecer contacto radial con los delfines –dijo Murayama.

Se sentaron ante la instalación, y Orson efectuó el contacto. Inmediatamente, oyeron los inconfundibles sonidos de los delfines, y no menos inmediatamente, Orson dijo:

–Estamos en superficie.

–¿Está seguro? –exclamó Murayama.

–Completamente. Tom y Jerry están bien, y contentos. No hay ahí fuera nada que les inquiete. Aunque… yo diría que respiran… con cierta dificultad.

–¿Con cierta dificultad? –exclamó Murayama–. ¡Si están en la superficie deberían estar muertos! ¡No vamos a creer que la atmósfera de la superficie de «Spiral» es ideal para nosotros, ¿verdad?! ¡Estamos en el espacio exterior, a millones de…!

–Sea como sea –cortó Orson–, es soportable para nosotros.

–¿Por qué no echamos un vistazo por medio de los sistemas de televisión? –propuso Ophelia.

–Están obturados –negó Orson–. No veremos nada si no salimos.

–Tenemos en la nave multitud de detectores –dijo Murayama–. Creo que deberíamos utilizarlos antes de salir, Orson.

–Supongo que tiene razón, profesor –admitió Orson–, pero nosotros no somos precisamente genios manejando esos aparatos, ¿verdad? Si han estado funcionando hasta ahora ha sido debido a las programaciones que nos dejaron preparadas en la base…, y ahora todo ha dejado de funcionar. ¿Cómo podríamos hacerlo funcionar nosotros digamos… manualmente?

–Creo que yo puedo intentarlo –insistió Murayama.

–De acuerdo, hágalo. Mientras tanto, yo seguiré comunicándome con Tom y Jerry. –Sonrió como a desgana–. A decir verdad, en esta situación confío más en ellos que en todos estos instrumentos. Para mí, el hecho de que estén contentos ya es suficiente para… Un momento, están diciéndome algo.

Por la radio sonaba el nuevo mensaje de los delfines. A medida que lo escuchaba, el asombro iba apareciendo en el rostro de Orson Nashington, que finalmente lanzó una exclamación.

–¿Qué ocurre? –se inquietó Ophelia.

–¡Están diciéndome que ahí fuera hay seres no acuáticos!

–¡Oh, vamos, muchacho…! –gruñó Murayama, casi irritado–. ¡Estamos en una masa líquida absolutamente!

–¡No, señor! ¡Si Tom y Jerry dicen que hay seres no acuáticos es que es así!

–Mire, hijo, hasta ahora todo eso de los delfines me ha parecido bien, pero todo tiene un límite. Llevamos sesenta días encerrados en la nave, y comprendo que usted tenga deseos de salir. Yo también los tengo, créame. Pero debemos ser cautos. Perder la vida en este lugar, sin haber hecho otra cosa que llegar, lo que no es poco, me parece un disparate, una locura.

Orson frunció el ceño, pero finalmente soltó un gruñido.

–Creo que tiene razón –refunfuñó–. De todos modos, si Tom y Jerry dicen que hay seres no acuáticos, yo les creo.

Murayama movió la cabeza con un gesto amistoso, y se sentó ante la enorme consola de detectores. Por la radio seguían llegando los sonidos de los aparatos que portaban los dos delfines.

De pronto, los tres seres humanos tuvieron una sensación que pareció vaciar sus estómagos. La misma que se siente al descender de pronto velozmente en un ascensor. La sensación terminó bruscamente. Y acto seguido llegó la sensación de flotación, de ascensión. Lívidos, los tres se habían agarrado donde habían podido.

La sensación terminó. Los tres miraron con expresión desorbitada hacia el visor directo.

Allá, el agua estaba deslizándose rápidamente, formando densos dibujos, que se fueron aclarando, mientras un destello dorado fragmentado en miles comenzaba a penetrar en la nave por el visor, que se iba aclarando más y más.

Por fin, quedó limpio, refulgente. Afuera, todo era ahora luz dorada.

Orson Nashington se acercó más, se quedó mirando, y, por fin, susurró:

–Santo Dios…

Junto a él, Ophelia tartamudeó:

–Es… es u-una… una… ci-ciudad…

Makio Murayama estaba boquiabierto, incapaz de reacción alguna.

Ante ellos, en tierra firme, se veían las construcciones de tonos dorados, edificios que parecían cubiertos de un baño de oro, ordenados con una simetría perfecta en una gran extensión. Muy alto, una enorme esfera que parecía un sol. Ninguno de los edificios tenía más de cinco plantas, todos eran bellísimos, resplandecientes. Incluso el suelo, las avenidas, parecían chapadas en oro. No había el menor vestigio de vegetación.

Muy cerca de la «Oso Polar» había un dique de contención, que podía ser considerado como un muelle. Ophelia fue la primera en mirar tan cerca, y señaló, con gesto tembloroso.

–Hay… hay alguien… o algo ahí… –tartamudeó de nuevo.

CAPÍTULO VII

Makio Murayama y Orson Nashington bajaron su estupefacta mirada, y vieron los seres que señalaba Ophelia. Debía de haber un centenar, todos formando hilera en el borde del muelle dorado, todos, evidentemente, mirando hacia la «Oso Polar». Ophelia se llevó una mano a la frente, retrocedió, y se dejó caer en uno de los sillones, aturdida.

–Son espantosos –murmuró Orson.

Murayama no dijo nada. No podía. Estaba viendo a aquellos seres ataviados con ceñidas ropas que también parecían de oro chapado. Sus cuerpos tenían una cierta semejanza con los humanos, aunque sus piernas y brazos eran más largos y de color muy oscuro. Lo más notable, empero, eran sus cabezas, que le parecieron de barro cocido, sin cabellos, ni orejas, ni nariz…, aunque creyó distinguir un orificio doble en la parte de la barbilla. Un solo ojo, grande, emitía destellos dorados en la parte superior de la cabeza. Murayama comprendió que aquellos ojos eran todo pupila.

–No… –pudo hablar por fin el japonés–. No son espantosos. Sólo son diferentes. En cuanto a su actitud, yo diría… que es pacifica. Y están tan asombrados como nosotros… ¿Qué dicen ahora sus amigos, Orson?

Éste aspiró hondo, y volvió a comunicarse con Tom y Jerry.

–Están tranquilos –susurró–. No temen nada.

–Voy a hacer sólo una comprobación –dijo Murayama–: la relativa a la atmósfera exterior. Si es buena para nosotros, saldremos.

La información respecto a la atmósfera fue buena, aunque con un grado de densidad algo superior a la de la Tierra, lo cual explicaba la leve fatiga que Orson había advertido en los delfines. De todos modos, era apta, aunque no se podía determinar cuánto tiempo la resistirían sus pulmones.

Orson encontró rápidamente la solución:

–Podemos salir llevando cada uno un tubo de aire de los equipos de buceo. Si las cosas se pusieran mal en ese aspecto, sólo tendríamos que colocarnos la boquilla y regresar a la nave… Voy a botar la «Osita».

La «Osita» era una pequeña lancha ligerísima, dotada de motor que funcionaba con energía solar. Fue expulsada de la «Oso Polar» por la compuerta especial, y quedó flotando junto a la gigantesca nave. Poco después, en lo alto de ésta aparecieron los tres terrestres, cada uno con un tubo único de aire a la espalda. La densidad de la atmósfera se dejó sentir en seguida, pero era soportable, de momento.

Orson descendió por las muescas incrustadas expresamente en la estructura de la nave para aquella clase de desembarco, y sonrió al ver acudir a Tom y Jerry, a los que ordenó que empujaran la lancha hacia él. La pequeña lancha fue empujada como en un juego, y Orson la retuvo hasta que Murayama y Ophelia estuvieron a bordo. Lo hizo él acto seguido, encendió el motor, y se dirigió hacia el muelle de oro.

En éste, los seres de un solo ojo retrocedieron, pero sólo unos pocos pasos.

A medida que se acercaban, los terrestres miraban no sólo a los supuestos seres humanos, sino alrededor y arriba. Así, comprobaron que habían ido a parar a una especie de esclusa que, como la ciudad dorada, se hallaba dentro de una enorme esfera asimismo de material dorado, altísima, en lo alto de la cual brillaban simétricamente repartidas tres esferas luminosas, como pequeños soles que no sólo proporcionaban la luz, sino que debían de proporcionar el calor.

–Puede que yo esté loco –susurró Murayama–, pero creo que estamos dentro de una esfera metálica sumergida en el mar galáctico.

–¿Y cómo hemos entrado en ella? –preguntó Ophelia.

–Hemos sido atraídos, supongo que magnéticamente, hacia un

conducto de entrada, y luego elevados hasta la esclusa. Esto es sencillamente fantástico: ¡una ciudad dentro del mar galáctico! Y una ciudad como no existe parangón alguno en la Tierra.

–Esos seres parecen como de barro –dijo Orson–. Fíjese, profesor: ahora puedo ver sus rostros como cuarteados. Me recuerdan… algo así como tierra seca, agrietada.

Makio Murayama consiguió sonreír.

–Sin duda serán de gran interés para Ophelia. Tal vez le gustaría analizar sus cuerpos…

–Llega un vehículo –señaló Orson hacia el muelle.

Los seres de barro se habían apartado, dejando un hueco en el centro, y pudieron ver cómo un vehículo aerodinámico, de suspensión neumática, se detenía. Otros seres descendieron, provistos de pequeños aparatos metálicos, y adoptaron una actitud de espera.

Finalmente, la lancha llegó al muelle, y los tres terrestres subieron a éste por los peldaños practicados lateralmente. En modo alguno captaron agresividad o rechazo. Simplemente, eran observados. Tres de los seres que acababan de llegar en el vehículo neumático se acercaron a ellos, y les tendieron otros tantos de aquellos pequeños aparatos metálicos. Acto seguido, el más alto de los seres acercó a las dos pequeñas aberturas de su rostro otro aparato idéntico, y comenzó a emitir sonidos.

Para asombro de los expedicionarios terrestres, en sus aparatos recién recibidos sonó la voz, en inglés:

–Hemos captado, analizado y programado su sistema de comunicación en estos traductores. ¿Me entienden?

–Sí –asintió Murayama–, le entendemos muy bien.

–Soy Norkat, gobernador de la 22ª Ciudad-Nave de prospección acuífera, procedente del planeta Okaton. ¿De dónde son ustedes?

–De la Tierra, tercer planeta del sist…

–Sabemos dónde está la Tierra. Tienen mucha agua allí.

–Sí… Sí, tenemos mucha agua.

–En Okaton se está terminando. Quizás en estos momentos no quede ya una sola gota. Es por eso que cincuenta naves como ésta fueron enviadas al espacio en busca de masas líquidas para ser conducidas a nuestro planeta, hace de eso casi mil quinientos años. ¿Explico bien los conceptos, me entienden todo?

Murayama no pudo hacer más que asentir con la cabeza. Estaba impresionado como nunca en su vida. Si había entendido bien, y estaba seguro de que así era, hacía mil quinientos años que desde el planeta Okaton habían partido cincuenta naves-ciudad en busca de agua por todo el universo. Y la ciudad-nave número 22 la había encontrado, se había sumergido en ella, y estaba conduciendo la masa hacia Okaton.

–¿Quiere decir –pudo murmurar, por fin– que ustedes tienen una edad que en términos terrestres sería de mil quinientos años?

–No, no. Nosotros somos los descendientes de los primeros exploradores acuíferos. Sólo vivimos doscientos cincuenta años. Ahora, en Okaton, se vive menos, debido a la escasez de agua. Nuestros cuerpos se están deshidratando… Nos tememos que al llegar a Okaton sólo encontremos un planeta abrasado, sin vida alguna.

–Ustedes no van a llegar jamás a Okaton –intervino Orson–: su ciudad-nave está dirigiéndose en espiral directa a la Tierra, con la que colisionará aproximadamente dentro de cien años terrestres… ¿Me ha entendido?

–Desde luego –se volvió hacia él el ojo dorado–. Pero no es culpa nuestra, sino de la Disidencia.

–¿La qué?

–La Disidencia. Es un grupo compuesto por okatonianos rebeldes que se han apoderado hace tiempo de los sistemas de propulsión de la ciudad-nave, y, en su ignorancia, han provocado averías que han desviado y roto nuestra trayectoria de regreso. Han perdido el control de la ciudad-nave.

–¿Y no pueden reparar ustedes la avería?

–Nuestros técnicos leales, sí, pero los disidentes no se lo permiten. Su plan inicial era controlar el núcleo acuífero a su regreso a Okaton, para erigirse en gobernantes utilizando como arma de presión y gobierno el agua. Ahora, antes que entregarse a nuestras leyes y permitir que la ciudad-nave sea redirigida a Okaton, han decidido aceptar la ruta indebida que seguimos hasta alcanzar un planeta en el que asentarse. Y ese planeta, al parecer, podría ser la Tierra.

–Están cometiendo un gravísimo error –movió la cabeza el anciano japonés–: este mar galáctico tiene ahora un volumen trece veces mayor que la Tierra; cuando llegue allá dentro de cien años, quizá sea cincuenta veces mayor que la Tierra, o más. El impacto no será resistido por nuestro planeta, que, con el mar galáctico, seguirá describiendo una gigantesca espiral por el espacio para siempre, convertida en un planeta muerto, en el núcleo sólido del mar galáctico. Si lo que buscan los disidentes es un planeta adecuado para recibir esta masa de agua sin ser arrancado de su órbita, le aseguro que ese planeta, ciertamente, no es la Tierra. Ésta dejará de existir como tal planeta, será sólo un guijarro dentro del mar galáctico. Deberían buscar un planeta cien veces mayor que la Tierra.

–Okaton es doscientas veces mayor –dijo Norkat–, pero ya les he explicado la situación: el mar galáctico, como lo llaman ustedes, está bajo el control de los disidentes.

–Muy bien –dijo secamente Orson–: ¿por qué no les arrebatan ese

control?

–Porque todas nuestras armas de disuasión las tienen ellos. Tanto el plan como la realización de la revuelta fue tan rápido que nada pudimos hacer los dirigentes de la ciudad-nave. Varias veces hemos intentado recuperar el control de la Sala Generatriz, pero siempre hemos sido rechazados, con numerosas bajas desintegradas.

–Es decir, que la Disidencia dispone de armas mortíferas.

–Inicialmente no lo eran, eran sólo armas de disuasión, paralizantes, pero durante este tiempo ellos han aumentado el grado de intensidad neutrónica de disparo, y ahora son armas desintegradoras. Han faltado a todas las leyes y principios de convivencia de Okaton.

–Bueno –sonrió de lado Orson–, al parecer, y pese a que es fácil comprender la superioridad técnica y científica de Okaton sobre la Tierra, en todas partes cuecen habas.

–No entiendo esto último –se desconcertó Norkat.

–He querido decir que en todas partes, en todos los planetas, y me temo que en todas las galaxias, parece haber seres malvados. ¿Me ha entendido ahora?

–Sí… Sí, ahora sí. Sentimos mucho lo de su planeta. ¿Desean volver a él?

–¿Podemos hacerlo? –exclamó Ophelia.

–En cuanto lo deseen, si su nave dispone de controles y combustible suficiente. Podemos desmagnetizar su nave y lanzarla de nuevo al espacio en el momento adecuado para que emprenda la ruta hacia la Tierra. Al menos, a ustedes les quedan cien años de supervivencia.

Orson Nashington frunció el ceño.

–Escuche, Norkat, nosotros no hemos viajado sesenta días en el espacio con riesgo de nuestras vidas sólo para regresar ahora sin hacer nada que pueda salvar a la Tierra.

–No pueden hacer nada. Lo siento.

–¿Cuántos son los disidentes?

–¿Su número? Eso no tiene importancia, considerando que disponen del armamento actualmente desintegrador. Calculamos que en la Sala Generatriz, donde permanecen todo el tiempo controlando…, es decir, descontrolando la ciudad-nave, hay en la actualidad unos cincuenta disidentes.

–Cincuenta –mascculló Orson–. Eso quiere decir que no sería fácil romperles la cara.

–¿Romperles la cara?

–Eliminarlos.

–No nos gusta esa idea. Llevamos mucho tiempo pensando en el modo de recuperar incruentamente el control de la Sala Generatriz.

Eliminar no es costumbre nuestra.

–Pero ellos lo han hecho con varios de los okatonianos leales, ¿no es cierto?

–Sí. Pero aun así, nosotros no podemos eliminar.

–Bueno –sonrió secamente Orson–, no cabe duda de que están ustedes más evolucionados que nosotros en todos los órdenes, Norkat, pero la alternativa es muy simple: o los eliminamos a ellos, o todos ustedes, nosotros tres, el planeta Tierra y el planeta Okaton van a ser borrados del ámbito del universo como centros de vida inteligente. Estoy seguro de que me ha comprometido.

–Sí, le he comprendido.

–Muy bien. Ellos –señaló– son el profesor Murayama, la doctora Singer, y yo soy el profesor Nashington. Hemos venido solamente tres, no hay nadie más en la nave. ¿Y sabe por qué hemos venido solamente tres? Pues, porque decidimos que no valía la pena arriesgar más vidas terrestres en una misión que parecía descabellada. Ahora no nos parece tan descabellada, así que estamos dispuestos a lo que sea con tal de salvar a la Tierra. ¿Me he explicado?

–Sí. Pero no hay nada que hacer. Lo siento. Aunque yo estuviera dispuesto a aceptar esa eliminación de la Disidencia, no hay modo de conseguirla.

–Si hubiese modo de conseguirlo… ¿aceptaría mi plan?

–¿Qué plan?

–Deme algo de tiempo –gruñó Orson–: algo se me ocurrirá.

–Lo dudo. Pero no deje de comunicarme lo que se le ocurra. ¿Debemos entender que contamos con ustedes como invitados… por un tiempo indefinido?

–Sí –gruñó Orson–. Pero no más de cien años. Mejor dicho, ni siquiera cincuenta, porque dentro de cincuenta años la masa del mar galáctico será tal que ya ni siquiera hará falta que impacte con la Tierra para destruirla: simplemente, la atraerá y la absorberá dentro de ese tiempo. Bien, ¿qué tenemos que hacer ahora?

–Lo que ustedes gusten.

–¿Podemos ver su ciudad… y conocer el lugar donde está ubicada la Sala Generatriz?

–Desde luego. Mi esposa y yo estaremos encantados de acompañarles y explicarles todo cuanto deseen.

–¿Quién es su esposa?

Okaton se volvió, haciendo una seña, y otro ser se acercó al grupo. Simplemente, era más bajo que Okaton, y algo más grueso, pero no tenía otras evidencias físicas de su sexo. Orson Nashington sonrió contenidamente. Sí, todo era relativo en la Vida. En la Gran Vida esparcida por todo el Universo. Seguro que aquel ser le parecía a

Okaton sumamente encantador. Para él era un grotesco montón de barro cocido con un solo ojo enorme y dorado.

–Ésta es Tinkia, la madre de mis hijos.

–Encantadora –masculló Orson–. Supongo que la ama usted mucho.

–¿La qué?

–La ama. Amor. ¿Comprende este concepto?

–No. Es la madre de mis hijos, eso es todo.

–Bueno, según parece la evolución no es siempre todo lo satisfactoria que debería ser. Presiento que pueden ustedes enseñarnos muchas cosas, Okaton…, pero también nosotros podamos, quizás, enseñarles algo a ustedes…

* ** *

–Entonces, ¿ellos no aman? –preguntó Ophelia.

–A su manera, supongo que sí, pero no a la nuestra. ¿No está de acuerdo, profesor?

Murayama alzó la mirada del papel en el que Orson había estado haciendo anotaciones. Se hallaban reunidos los tres en la sala de descanso de la «Oso Polar», aliviados sus pulmones por la atmósfera terrestre de su interior tras el largo paseo por la ciudad-nave. Todavía les quedaba mucho café, de modo que no tenían por qué privarse de ese placer.

–Debo estarlo –asintió Murayama, tomando su taza–. No se puede decir que nuestra situación sea mala, ¿verdad?

Orson miró sus propias anotaciones.

–Si se refiere a nuestra supervivencia física hasta que nos llegue el momento natural de nuestra muerte, no es mala. Disponemos no sólo de nuestros alimentos concentrados, sino del sistema alimentario de. los okatonianos…

–¡Me moriría antes que comer eso! –exclamó Ophelia, palideciendo.

–Sí, no es muy agradable –admitió Orson, sonriendo torcidamente–: la reelaboración de sus propias heces como alimento me parece un… reciclaje nauseabundo, pero todo es cuestión de costumbre. O de emergencia, como es el caso de los okatonianos. De todos modos, en la Tierra se come mierda sin reciclar…, y no lo digo en sentido figurado.

–Es increíble que hagan eso… ¡Unos seres tan avanzados, con una ciudad tan hermosa…!

–Pero sin rastro de vegetación, ni de compañía animal. Salvo los peces galácticos, naturalmente. Supongo que deben de ser comestibles, pero… No sé: me parecería poco menos que

canibalismo. Esos peces son tan inteligentes… ¿No le parece a usted estar viviendo un sueño, profesor?

–La verdad es que sí –asintió Murayama–. Creo que si esos peces galácticos llegasen a Okaton en su mar serían… felices allí, conviviendo con los okatonianos, generando formas de vida complementaria… ¡Y este inmenso mar…! Norkat ha dicho que antes de llegar a Okaton podría ser fragmentado, de modo que sólo una parte de él fuese a caer finalmente en su planeta, que quedaría entonces en circunstancias parecidas a la Tierra. En cuanto a la vegetación, tengo la certeza de que en pocos siglos Okaton dispondría de ella: el mar se la proporcionaría, enviando sus líquenes a tierra…

–¡A tierra! –exclamó Ophelia–. ¡Según ha dicho Norkat casi todo Okaton es de minerales auríferos!

–Lo que explica esa profusión en la utilización del oro, en forma de panes y en materiales de construcción.

–Chocante, ¿no es cierto? –sonrió el japonés–. Ellos emplean el oro como nosotros el granito…, y no le conceden mayor importancia. Chocante.

–Sí, chocante –dijo Orson–. Pero me pregunto cuánto darían los okatonianos que están en su planeta por un mar Mediterráneo. Seguro que no les importaría desprenderse de todo el oro que hiciera falta.

–Simple tierra, para ellos. En cuanto a esto, no todo son minerales de oro allá, según Norkat, de modo que la vida vegetal que germinase en el mar acabaría por desarrollarse en la Tierra. Sí, tendrían agua, vida vegetal y animal…, y nosotros salvaríamos la Tierra si pudiéramos apoderarnos de esa Sala Generatriz.

–No es nada fácil, desde luego –gruñó Orson–. Ocupa la primera planta y los dos sótanos del edificio donde estaba instalado el grupo gobernante de la ciudad-nave cuando ésta fue expedida desde Okaton. Los demás pisos están actualmente desocupados. En cuanto al edificio, está en el centro de la ciudad, así que ni siquiera podemos intentar destruirlo de algún modo…

–¡Destruirlo! –exclamó Ophelia–. ¿Cómo podrías hacer eso? No tenemos armas aparte de unos cuantos arpones, y toda la construcción es prácticamente de losas de oro. ¡Cielos, nadie me creerá cuando explique esto! Oh, bueno, quiero decir… Bien…

–Yo estoy decidido a volver a la Tierra –dijo suavemente Orson–, de modo que alguna solución encontraré, descuida. Podremos contar todo esto a nuestros congéneres. Pero, examinemos nuestra situación que, en efecto, como dice el profesor, no es mala. Sin embargo sí será pronto mala para Tom y Jerry, pues la reserva de pescado congelado es limitada, y no creo que ellos viviesen mucho tiempo con alimentos concentrados. Me pregunto… si llegado el momento se comerían a

sus amigos galácticos. Si es así, estarían salvados.

–Pero sería muy desagradable –murmuró Ophelia–. Yo no creo que lo hagan.

–Eso es un romanticismo –sonrió Murayama–. Son simples animales, querida. Y recuerde lo que comen los okatonianos.

–¡¿Por qué ha tenido que recordármelo?! –protestó Ophelia.

–Bueno, bueno –masculló Orson–, atendamos el trabajo, ¿de acuerdo? No tenemos ningún problema en cuanto a la subsistencia física, pero no hemos venido aquí de picnic, sino a salvar el planeta Tierra. Tenemos la Sala Generatriz en el centro de la ciudad Todas las avenidas convergen en ese centro, como los radios de la rueda de un carro, de modo que, lleguemos por donde lleguemos al edificio, seremos vistos…

–Y desintegrados, si te acercas en actitud agresiva –recordó Ophelia–. Así que el único sistema para poder acceder a esa Sala Generatriz sería llegar sin ser vistos.

–Lo cual es imposible, muchacho –dijo Murayama.

–Y aunque llegases, no dispones de armas y ellos sí –insistió Ophelia.

Orson Nashington quedó pensativo. Por fin murmuró:

–Bueno, algún medio habrá de dominar a esos disidentes… Pero desde luego está claro que no será a las buenas, así que, en definitiva, Norkat tiene la palabra.

CAPÍTULO VIII

Norkat llegó a la «Oso Polar» acompañado por su esposa y por un pequeño grupo de okatonianos, y lo primero que dijo fue:

–Sus animales acuáticos de la Tierra son muy simpáticos. ¿Lo digo bien?

–Claro que lo dice bien –aceptó Orson–. No tenemos problema de comunicación de nuestras ideas por medio de estos traductores. Me pregunto si tendría usted inconveniente en que llevásemos algunos a la Tierra.

–¿Regresan a su planeta? Lo comprendemos, desde luego. Y lo sentimos por nuestros niños: lo están pasando muy bien con los delfines.

–Igual que en la Tierra –sonrió Orson.

–Sentimos mucho que hayan decidido marcharse tan pronto –intervino Tinkia.

–¿Pronto? –refunfuñó Orson–. ¡Llevamos aquí una semana sin hacer nada!

–Cuando menos –dijo Norkat–, se ha comprobado que puede

existir un buen entendimiento entre seres de planetas muy diferentes.

–Okaton no sería demasiado diferente a la Tierra si ustedes pudieran llevar allá el mar galáctico, ¿no sabía eso? En cuanto al buen entendimiento entre seres de planetas diferentes, es cierto, de acuerdo. Pero, al parecer, los okatonianos no se entienden bien entre sí.

–La Disidencia –explicó pacientemente Norkat– es sólo un pequeño grupo insignificante, profesor Nashington. ¿Acaso en la Tierra no tienen ustedes Disidencia?

–Me parece que más que ustedes en Okaton. Y allá los eliminamos. Pero no quiero discutir más eso con usted. ¿Podemos llevarnos los traductores?

–Podríamos hacer un cambio –deslizó Norkat–: nuestros traductores por sus delfines.

–No.

–¿No?

–Escuche, yo le estoy pidiendo a usted unos simples objetos, sin alma ni vida, que lo mismo estarán en este mar que en Okaton o en la Tierra. Usted me está pidiendo que deje aquí un par de nobles animales que morirían en menos de un año.

–¿De modo que respeta usted las vidas de dos animales y está dispuesto a eliminar a cincuenta okatonianos?

–Muy agudo –gruñó Orson–. Pero mis dos amigos no han hecho ni harán daño alguno a nadie. En cambio, sus cincuenta okatonianos están a punto de cargarse dos planetas habitados. ¿Ve usted alguna diferencia entre mis delfines y sus okatonianos?

–Es evidente –asintió Norkat–. Pero quizás este mar galáctico sólo destruya a la Tierra. Desde Okaton partieron muchas naves-ciudad como la nuestra, y tengo la esperanza de que alguna otra haya encontrado un mar galáctico y lo lleve allá.

–Perfecto –dijo secamente Orson–. Y a la Tierra que la parta un rayo, ¿no es eso?

–Está usted lo que se llama enfadado, ¿verdad?

–¿Enfadado? ¡Maldita sea mi estampa, dice que estoy enfadado! ¡Estoy furioso! ¿Me entiende?

–Sus reacciones emocionales y temperamentales nos han llamado mucho la atención durante su permanencia entre nosotros, profesor Nashington. Es usted muy diferente al profesor Murayama.

–No crea –dijo el japonés–. Sólo es más joven, nada más.

–¿Eso implica una diferencia de temperamento?

–Generalmente –sonrió Murayama.

–Es curioso. Nosotros somos siempre igual.

–Eso sí que es curioso –masculló Orson.

Ophelia miraba a los okatonianos. Se había acostumbrado ya a

ellos, pero seguían pareciéndole, lógicamente, seres extraordinarios. En cierto modo, debido a la sequedad y cuarteamiento de sus epidermis, le recordaban a los lagartos de la Tierra. Extraños lagartos de un solo ojo dorado, todo pupila, que parecía el objetivo de una cámara fotográfica…, y que nunca expresaba nada.

–Hemos… estado reflexionando sobre esta desdichada circunstancia, profesor Nashington –dijo Norkat, tras unos segundos de silencio–, y la lógica matemática se ha impuesto.

–¿La lógica…? ¿Qué quiere decir?

–Cincuenta seres son menos que quinientos, por ejemplo. Y claro está, mucho menos que cinco o seis mil millones, sean terrestres u okatonianos.

–¿Quiere decir que ha cambiado de opinión? –exclamó Orson.

–No, eso no. Mi opinión respecto a la eliminación de seres vivos sigue siendo la misma, pero no mi decisión. Estaría dispuesto a considerar algún proyecto de usted para recuperar el control de la Sala Generatriz. Antes de la llegada de ustedes no sabíamos, los que estamos fuera de la Sala, que el mar galáctico iba a impactar con la Tierra. Desde que lo supimos hemos estado… deliberando.

–De modo que no han hecho nada mientras no había peligro para nadie, pero ahora quieren hacerlo para ayudar a la Tierra… ¿Es eso?

–Nos parecería lamentable que una forma de vida tan relativamente avanzada como la de ustedes se perdiera por culpa de la Disidencia, que sólo busca poder sobre otros seres.

–Conque relativamente avanzada, ¿eh? Bueno, de acuerdo, ustedes saben más cosas que nosotros, pero eso no implica que sean más inteligentes. ¿Capta la diferencia?

–Desde luego. Pero no vamos a discutir eso. Considero que sería conveniente que se quedaran hasta que encontraran el medio de recuperar el control de la Sala a fin de…

–Ya hemos encontrado el medio –dijo Orson.

–¿Cruento o incruento?

–Todos los disidentes morirían. Irremisiblemente. Todos.

–¿No hay otro medio?

–No.

–Es usted muy tajante.

–Lo siento. Pero la respuesta es la exacta: no.

–Bien… ¿Cuál es ese medio?

–Me pregunto si ustedes, los okatonianos, saben lo que es nadar.

–Oh, sí. En estos mil quinientos años hemos aprendido a hacerlo. Nadamos bien.

–Entonces, todo está solucionado. El control de las esclusas lo tienen ustedes, no los disidentes. ¿Cierto?

–Sí, claro. De otro modo no habríamos podido atraerlos a ustedes

aquí.

–Muy bien.

Sin más, Orson Nashington se alejó hacia el fondo de la nave terrestre. Regresó apenas un minuto más tarde, llevando un equipo completo para bucear, que los okatonianos miraron con lo que se suponía era interés.

–Voy a necesitar la ayuda de algunos de ustedes, precisamente de aquellos que sepan manejar los mandos de las esclusas. Tres serán suficientes, espero. Los más jóvenes y resistentes, desde luego, pues tendrán que aprender a bucear.

–Naturalmente, podremos hacerlo –dijo Norkat.

–Sí, naturalmente. Pero quiero asegurarme de que lo van a hacer bien, de modo que dedicaremos la próxima semana a ello. Ya no viene de una semana más o menos.

–Con menos tiempo…

–No. También tengo que asegurarme de mis buenas relaciones con los peces galácticos por medio de Tom y Jerry.

–¿Piensa utilizar a sus delfines?

–Sólo como mensajeros de órdenes.

–¿Y los peces galácticos?

–Ésos, amigo mío –sonrió fríamente Orson–, van a ser nuestras armas.

–¿Está seguro de vencer a la Disidencia?

–Por completo.

–Quizá convendría advertir de ello a Kontok, su jefe. Es posible que entonces recapacitara y optara por entregar el control de la Sala Generatriz. Y no sería necesario eliminarlos.

Orson se quedó mirando amablemente a Norkat.

–¿Sabe que la ingenuidad de usted me tiene pasmado, Norkat? Lo primero que haría ese Kontok si supiera que disponemos del medio de vencerles sería eliminarle a usted en cuanto diera la noticia. Y acto seguido saldrían de la Sala dispuestos a desintegrar a todos. Y lo harían.

–Hasta ahora no lo han hecho. ¿Por qué habrían…?

–Hasta ahora, ustedes no han representado peligro alguno para ellos, y, en todo caso, los tienen como rehenes. Pero vaya usted a decirle a Kontok que o se rinde o vamos a atacarle, y verá lo que pasa: la 22ª Ciudad-Nave de prospección acuífera de Okaton será arrasada, todo signo de vida ajena a la Disidencia, eliminado. No sé si esto está lo bastante claro para usted.

–Entonces… ¿no hay otro remedio?

–Demonios, ya le he dicho que no. Mire, simplemente, olvídese de Kontok. Y de toda su gente. Como si nunca hubieran existido.

* ** *

–¿Todo sigue igual? –preguntó Kontok.

En la dependencia principal de la Sala Generatriz, donde estaban los mandos de toda ésta, en el segundo sótano del edificio, el okatoniano que atendía la lectura de ruta movió la cabeza.

–Todo sigue igual.

–De modo que seguimos navegando hacia la Tierra, pese a la espiral.

–El contacto pleno será inevitable. Pero todavía falta mucho tiempo para ello. Aunque se va comprimiendo: la gran masa líquida sigue aumentando de tamaño, y eso le confiere mayor velocidad por impulso.

–¿No se romperá la espiral?

–No. Nuestro sistema de propulsión sigue funcionando, de modo que seguimos reteniéndola. Pero llegaríamos antes si fuésemos en línea recta. Claro que si pudiéramos controlar la marcha ya no iríamos a la Tierra…

–¿Por qué no?

–Comparándola con la masa acuífera será entonces tan pequeña que será absorbida. No nos servirá de nada, quedará sepultada.

–¿No nos servirá de nada? Estás muy equivocado, Tekion: la Tierra, precisamente, será nuestro planeta base. Tiene vegetación, y animales de agua. Cuando la hayamos absorbido, seguiremos viajando hasta encontrar el planeta adecuado para esta masa acuífera, y nos uniríamos a él. Entonces, la Tierra nos ofrecerá su fauna marina, su vegetación terrestre, su flora acuática.

–Es decir, que vamos a utilizar la Tierra como si fuese… una semilla.

–Exactamente. Será la primera semilla en nuestro nuevo planeta, desde el cual muy pronto podremos iniciar nuestras conquistas espaciales… empezando por Okaton.

–Eso llevará muchísimo tiempo, Kontok. Ninguno de nosotros existiremos ya.

–¿Quién sabe? De todos modos, no importa. Existirá un nuevo planeta vivo, y se llamará Kontok.

Tekion giró la cabeza, y su ojo quedó fijo en el rostro del jefe de la Disidencia.

–¿Cuánto hace que tienes proyectado eso? –preguntó.

–Tiempo… ¡Tiempo!

–Lo que significa que no has tenido en ningún momento la intención de evitar el impacto con la Tierra.

–Claro que no. La quiero como semilla para Kontok. Si no fuese así, ya habría obligado a los leales a reparar la avería del sistema de

propulsión, y estaríamos viajando en ruta voluntaria, no en espiral concéntrica incontrolada.

–Si Norkat supiera esto…

–Si tan sólo lo sospechase, efectuarían una acción desesperada con tal de impedírnoslo. Si supiera que es mi deseo expreso llevarme el planeta Tierra de su ubicación en el universo, para crear el planeta Kontok, y las consecuencias que ello acarrearía a Okaton, algo habrían hecho, aunque muriesen. Pero Norkat está convencido de que dentro de poco nos asustaremos, y que le llamaremos para que controle la nave que arrastra la masa acuífera.

–De todos modos, podrías obligarle a que efectuasen la reparación, y así llegaríamos antes a la Tierra.

–No. Volvemos a lo mismo. Si recuperásemos el control y él se diese cuenta de que seguíamos hacia la Tierra, intentaría impedirlo, y entonces tendríamos que eliminarlo a él y a todos. Prefiero que sigan con la esperanza de que al final recurriremos a ellos, y que permanezcan inactivos. No quiero eliminarlos, porque casi todas las mujeres están con ellos ahí fuera. Y muchos niños. Mujeres y niños que serán, también, las primeras semillas de Kontok, mi planeta. Por lo tanto, mantendremos la situación, y sólo avisaremos a Norkat para que se lleve a cabo la reparación cuando ya el impacto con la Tierra sea inevitable. De este modo, creerán en nuestro arrepentimiento, y no nos atacarán de modo suicida, aceptarán la fatalidad, y seguirán con nosotros hasta que encontremos mi planeta: ¡Kontok!

–Me doy cuenta de que has estado pensando mucho, Kontok.

–Eso es lo que mejor sabemos hacer, ¿no es cierto?

–Sí. ¿Y qué pasará con esos terrestres?

–Esos tres terrestres serán muy útiles en Kontok. Será muy ventajoso para nosotros disponer de seres que podrán explicarnos tantas cosas sobre nuestra semilla, la Tierra. Por lo demás, no vale la pena que de momento nos ocupemos de ellos en absoluto.

–Cierto: nada pueden hacer contra nosotros.

–Nada. Absolutamente nada. Si se pudiese hacer algo contra nosotros, el propio Norkat… ¿Qué es eso?

–¿El qué?

–Ese rumor… ¿No lo oyes?

Tekion aguzó el oído, su diminuta membrana de alta sensibilidad.

–Sí… Sí, oigo algo, pero no sé qué es…

–Subiré a ver. Sigue vigilando, e infórmame si se produce algún cambio.

Kontok se separó de los enormes paneles de control, y se dirigió hacia la cabina que le subiría a la planta del edificio. Pero, cuando estaba en el centro de la sala ocupado por la docena de okatonianos en servicio, otra de las cabinas apareció en el hueco, y dos

okatonianos de los que vigilaban en la planta la posible aproximación de los Leales entraron precipitadamente.

–Kontok –dijo uno de ellos–, algo ha sucedido: la masa líquida ha desbordado el dique, y está inundando las avenidas. Dentro de muy poco…

Se volvió hacia la cabina, en la que se oía un fuerte rumor. Kontok fue el primero en comprender lo que significaba.

–La masa líquida ha llegado ya aquí –dijo–. Tenemos que salir inmediatamente para intentar evitar que esta Sala quede inundada… ¡Deprisa! ¡Todos arriba! ¡Dejadlo todo!

Todos corrieron hacia las cabinas, y se metieron en ellas. El agua caía con fuerte rumor sobre los techos de paneles de oro, pero las cabinas pudieron llegar hasta la planta al nivel de la avenida. Por la puerta de ésta, arrancada, entraba el agua cada vez con más fuerza. Afuera, toda la ciudad estaba ya inundada… y la masa líquida continuaba entrando en la ciudad-nave por las esclusas, abiertas por Orson Nashington y sus tres discípulos de hombre-rana, que permanecían bajo el agua adecuadamente equipados con los tubos de aire.

Pero esto no podía saberlo Kontok y sus disidentes. Todo lo que podían saber era que el nivel de la masa líquida iba subiendo lentamente…, y que los dos sótanos debían de estar ya inundados. El agua llegaba ya hasta la cintura de Kontok cuando éste dijo:

–Tenemos que salir todos de aquí, o quedaríamos atrapados contra el techo si el nivel sigue subiendo. Pero no olvidéis las armas. Seguramente es otra avería, pero también podría ser una treta de Norkat y los demás. ¡No olvidéis las armas!

Era ya un poco tarde para esto, pero todavía pudieron apoderarse de algunas de ellas, pequeñas disuasorias portátiles convertidas en desintegradoras. Cuando salían del edificio el nivel de las aguas alcanzaba ya sus pechos.

Y fue entonces cuando vieron las dos aletas deslizándose rápidamente por la superficie de la masa líquida. Pero sólo las vieron un instante, pues desaparecieron bajo la densa masa azulada.

Un segundo más tarde, uno de los disidentes salió disparado hacia arriba, metido dentro de una burbuja, que cayó con suavidad de nuevo sobre la superficie. Dentro de la burbuja, el okatoniano se movía, pero caía continuamente, desplazando la burbuja… Dos okatonianos más fueron atrapados por sendas burbujas, y casi enseguida seis más fueron apresados, lanzados hacia arriba, y recuperados por el agua.

Kontok no se movía. Su ojos sí se movían hacia un lado y otro, con breve y brusco gesto. No había expresión alguna en él, ni en su rostro. No hizo aspaviento alguno cuando le tocó el turno, lo que había comprendido ya que era inevitable. Fue alzado, dejado caer, y quedó

luego flotando, metido en la burbuja, con el arma en la mano. Tras un breve titubeo, disparó su arma contra la cubierta elástica que lo envolvía…, y burbuja y okatoniano desaparecieron por un instante como devorados por una bola de fuego, que se extinguió en seguida. Luego, la burbuja siguió flotando, mientras en su base quedaba solamente un diminuto montoncito de polvo…

Avisados por esto, ningún otro okatoniano se atrevió a utilizar su arma dentro de la burbuja correspondiente. Los delfines reaparecieron cuando ya todos los disidentes estaban metidos en su correspondiente burbuja, unos sentados, otros caídos, otros manteniendo el equilibrio sobre la elástica base cóncava…

Al poco, mientras el nivel de las aguas seguía subiendo, alcanzando ya el segundo piso de los edificios, uno de los delfines volvió a sumergirse. Un minuto más tarde llegaba sin tropiezo alguno a la Sala de Máquinas donde cuatro seres equipados con tubos de aire esperaban, sumergidos, rodeados de oscuridad azul. El delfín emitió sus sonidos, pasando la información, y entonces

Orson Nashington encendió la linterna, se iluminó el rostro, e hizo señas a los tres okatonianos. Acto seguido, se quitó de la boca la boquilla de aire y emitió sus órdenes a Jerry, apresurándose a colocarse de nuevo la boquilla, a tragar agua, y a seguir respirando el aire comprimido. Por su parte, Jerry regresó a la parte alta de la ciudad, donde las aguas alcanzaban ya el tercer piso dentro de la enorme esfera. Arriba, seguían destellando los tres soles artificiales.

Jerry estaba cerca de uno de los edificios inundados cuando el nivel del agua dejó de subir. Inmediatamente, con un bello salto, el delfín alcanzó el hueco de una ventana del tercer piso, cayendo sobre el agua que ya había entrado allí.

Pero ya no entró más. Tom apareció con salto igualmente bello, y se quedó flotando junto a su compañero en apenas un metro de agua. Afuera, el nivel descendía rápidamente, succionadas las aguas, impelidas con fuerza hacia el exterior de la nave-ciudad construida en el interior de la esfera. El potente bombeo absorbió rápidamente las aguas, que se iban deslizando hacia el dique donde estaba la «Oso Polar» adecuadamente fijada. Hubo como un tremendo gruñido, como un rugido, mientras las aguas eran absorbidas hacia el exterior, hacia la superficie del mar galáctico.

Las burbujas con los disidentes fueron asimismo absorbidas fuertemente, y lanzadas a la masa líquida, en cuya superficie aparecerían mucho más tarde, para ser arrancadas y perderse en la negrura del espacio que iba surcando el mar galáctico, cada vez más enorme, formando ya otra de sus bolas que partirían, grandes como el mar Negro y el mar Caspio juntos, hacia ignotos rincones del universo.

* ** *

Y en un diminuto rincón del espacio, en un lugar del planeta llamado Tierra, los dos hombres que atendían en aquel momento uno de los sofisticados aparatos de la enorme sala del Observatorio Espacial Central de los Estados Unidos, se miraron de pronto, sobresaltados.

–Ha cambiado la ruta –jadeó uno de ellos–. ¡La ha cambiado!

–Espera –casi tartamudeó el otro–. ¡Espera, no digas nada todavía, asegurémonos!

–¡Pero qué huevos voy a esperar, hombre! ¿Es que no lo ves? ¡Ha cambiado la ruta, eso es todo' ¡Viaja en línea recta, tras un giro de ciento diez grados…! ¡Qué coño he de esperar! ¡Hey! ¡Hey, muchachos, venid, mirad esto…! ¡EL MAR GALÁCTICO NO QUIERE SABER NADA CON NOSOTROS…!

ÉSTE ES EL FINAL

–Ahí la tenemos –susurró Makio Murayama.

Ni Orson ni Ophelia contestaron. Por el visor directo estaban contemplando el más bello espectáculo que pudiera haber en todo el universo: una diminuta masa más o menos esférica que parecía teñida suavemente de azul, refulgiendo a la luz del sol.

–Oh, Dios mío –gimió por fin Ophelia–, ¡tengo los pelos de punta!

–Es comprensible –sonrió el viejo japonés–. Es como si nada hubiera ocurrido. Según las informaciones del último contacto vamos a caer en el Atlántico, donde ya nos están esperando.

–Preferiría el Pacífico –gruñó Orson–: Tom y Jerry están más acostumbrados a ese mar. Demonios, me pregunto si sus congéneres les van a creer cuando ellos expliquen que han estado en un mar galáctico.

–Claro que les creerán –rió Ophelia–. ¡Son unos buenos muchachos nada mentirosos! ¡Y pensar que Norkot quería quedárselos!

–Y un pimiento para él –gruñó Orson–. ¡Tuvo que conformarse con los equipos para bucear! ¡Y que no es poco, pues esa gente, hasta ahora sin mar, no tenían de esas cosas! Así que no me vengan con el cuento de que están más avanzados que nosotros. Digamos que tienen un tecnicismo diferente, eso es todo. Bueno, espero que mi balandro esté donde lo dejé.

–¡Vaya una cosa para pensar en estos momentos! –exclamó

Ophelia.

–La profesión es la profesión, doctora –la miró Orson sonriente–… Y hemos quedado en que trabajaremos juntos siempre que sea posible. ¿De acuerdo?

–¿Sólo trabajar?

–Bueno… ¡Y lo que se presente! A propósito, todavía te debo un whisky, ¿verdad?

–¡Oh, Orson…!

–Bueno –pareció resignarse éste– se nos está terminando la luna de miel, doctora…, digo el mar de miel.

–No me importa –susurró Ophelia–. Prefiero la Tierra de miel.

–¿Sabes? –murmuró Orson–. ¡Yo también!

Sobre el planeta Tierra descendía, a tremenda velocidad, la «Oso Polar».

F I N